

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

MAESTRÍA EN FILOSOFÍA



“NIETZSCHE Y KANT, CRÍTICA Y CONVERGENCIA ENTRE AUTONOMÍA Y
LIBERTAD”

TESIS

que para obtener el título de Maestro en Filosofía

presenta:

Félix Arturo Cásarez Meléndres

Director de tesis:

Dr. Juan Carlos Ayala Barrón

Co-Director de tesis:

Dr. Juan Diego Véjar Serrano

Culiacán Rosales, Sinaloa, junio de 2023



Dirección General de Bibliotecas
Ciudad Universitaria
Av. de las Américas y Blvd. Universitarios
C. P. 80010 Culiacán, Sinaloa, México.
Tel. (667) 713 78 32 y 712 50 57
dgbuas@uas.edu.mx

UAS-Dirección General de Bibliotecas

Repositorio Institucional Buelna

Restricciones de uso

Todo el material contenido en la presente tesis está protegido por la Ley Federal de Derechos de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

Queda prohibido la reproducción parcial o total de esta tesis. El uso de imágenes, tablas, gráficas, texto y demás material que sea objeto de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente correctamente mencionando al o los autores del presente estudio empírico. Cualquier uso distinto, como el lucro, reproducción, edición o modificación sin autorización expresa de quienes gozan de la propiedad intelectual, será perseguido y sancionado por el Instituto Nacional de Derechos de Autor.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial
Compartir Igual, 4.0 Internacional



Agradecimientos:

Quisiera comenzar expresando mi más profunda gratitud a mis amados padres, quienes han sido un pilar de apoyo incondicional en todas las etapas de mi vida.

A mi esposa Pricila, por su amor y paciencia que han sido mi motor en este desafío. A mis hijos, Priscila Merari y Arturo Eliezer, por su comprensión y apoyo constante. A mis nietas, Grecia, Eliza Itxzel y la pequeña Irlanda, quienes son mi luz y mi alegría.

A la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Sinaloa por brindar el soporte para la realización de estos estudios, a su director y amigo, el Maestro Orlando Espinoza Díaz.

Al Doctor Juan Carlos Ayala Barrón, mi asesor y director de tesis, por su invaluable experticia y dirección me han permitido llevar a cabo este proyecto.

Al Doctor Juan Diego Véjar, co-director de tesis, este trabajo no sería posible sin su ayuda.

Y de manera especial al Doctor Ramón Kuri Camacho por el apoyo e inspiración en los inicios de esta travesía académica.

Al Maestro Ángel Santiago Zamora Zavala, un fiel amigo y compañero en esta travesía académica, que ha estado a mi lado en los momentos de necesidad.

Finalmente, reconozco a todos mis compañeros por su cercanía, apoyo y los momentos compartidos. Cada uno de ustedes ha contribuido a mi crecimiento personal y académico.

Mi gratitud a todos es inconmensurable y este logro es tan mío como de ustedes.

Índice:

| | |
|------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Hipótesis | 3 |
| Introducción | 4 |
| Capítulo 1. La moral y la antropología en Kant y Nietzsche: Un estudio comparativo | 16 |
| Capítulo 2. Nietzsche frente a la antropología moral kantiana | 33 |
| Capítulo 3. Confrontación y convergencia en Kant y Nietzsche | 52 |
| Conclusiones | 77 |
| Bibliografía y referencias | 84 |

Hipótesis

A pesar de las notables diferencias entre las filosofías morales de Kant y Nietzsche, existe un espacio de convergencia significativo centrado en los conceptos de autonomía y libertad, que puede ofrecer un nuevo enfoque para abordar los problemas éticos contemporáneos. Esta convergencia se manifiesta en la importancia que ambos filósofos otorgan a la voluntad, su rechazo compartido del determinismo y su cuestionamiento de la tradición y las normas sociales. Al explorar y contrastar sus críticas mutuas y sus concepciones individuales de autonomía y libertad, se espera demostrar que la fusión de elementos de las filosofías kantiana y nietzscheana puede ofrecer una visión enriquecida y matizada de la ética, que supera las limitaciones de cada enfoque cuando se consideran de manera aislada. Por lo anterior la conclusión fundamental que se argumentará consiste en mostrar cómo ambas posturas morales asumen como ejes centrales a la autonomía, como rechazo radical de la heteronomía, y la libertad, como trascendencia de la mera individualidad particular.

Introducción

La filosofía se caracteriza por la intensidad y profundidad de las discusiones que suscita, y esto no podría ser más cierto que en el caso de las ideas de Immanuel Kant y Friedrich Nietzsche. Ambos filósofos han dejado huellas indelebles en el panorama filosófico y, aunque separados por menos de un siglo, sus visiones sobre la ética, la metafísica y el conocimiento son dramáticamente distintas y aún hoy continúan provocando un intenso debate.

Immanuel Kant (1724-1804) es sin duda uno de los pilares del pensamiento occidental. Sus obras, que abarcan desde la ética hasta la epistemología, han definido muchos de los términos del debate filosófico moderno. La *Crítica de la razón pura*, su obra más conocida, estableció una nueva forma de entender la relación entre el sujeto y el objeto del conocimiento, cuestionando las presuposiciones de la metafísica tradicional y sentando las bases para la filosofía trascendental. En el campo de la ética, Kant es igualmente influyente. Según su concepto del imperativo categórico los actos deben realizarse de acuerdo con un principio que uno desearía que se convirtiera en una ley universal, y ha sido fundamental para el desarrollo de la ética deontológica.

Por su parte, Friedrich Nietzsche (1844-1900), aunque contemporáneo a la época de la influencia poskantiana, se desmarca de la tradición filosófica previa con su crítica radical a la moral occidental. En contraposición al racionalismo moral kantiano, Nietzsche propone una revalorización de los instintos y pasiones humanas. En su obra *Así habló Zaratustra*, introduce el concepto del *Übermensch* o *Superhombre*, un individuo que ha superado las ataduras de la moral tradicional y vive de acuerdo con su propia voluntad de poder. Además, el eterno retorno, otra de sus propuestas fundamentales, plantea un desafío a la concepción lineal del tiempo y de la moral.

En el pensamiento ético y moral contemporáneo, Kant y Nietzsche son figuras ineludibles. Kant es venerado por su defensa de la dignidad y autonomía humanas, de la razón como guía moral y de la universalidad de la ética. Nietzsche, por otro lado, es apreciado por su crítica a la moral tradicional, su afirmación de la vida y su desafío al conformismo moral. Ambos filósofos, aunque contrapuestos en muchos aspectos, ofrecen visiones que continúan informando nuestras reflexiones sobre la ética y la moral.

En la relación entre Kant y Nietzsche, encontramos un diálogo tenso pero productivo. Nietzsche, a pesar de su desdén por la moral kantiana y su rechazo a la distinción fenómeno-noumeno, no puede ser entendido completamente sin referencias a Kant. Sus críticas a la moral kantiana y a la distinción fenómeno-noumeno son esenciales para comprender su rechazo a la tradición filosófica occidental y su propuesta de una revalorización de la vida.

En este estudio, abordaremos la relación entre Kant y Nietzsche desde una perspectiva que enfatiza tanto la confrontación como la fecundidad del diálogo entre ellos. Exploraremos la crítica de Nietzsche a la distinción fenómeno-noumeno y a la moral de Kant, y examinaremos las posibles respuestas de los seguidores de Kant a estas críticas. Nuestra intención no es tomar partido por uno u otro filósofo, sino comprender las implicaciones de sus ideas y cómo estas pueden enriquecer nuestra comprensión de la ética y la metafísica.

Este estudio es especialmente relevante en el contexto contemporáneo, donde las cuestiones de la ética y la moral están más presentes que nunca. Ya sea en debates sobre la inteligencia artificial, los derechos humanos o el cambio climático, las ideas de Kant y Nietzsche ofrecen herramientas valiosas para pensar estos desafíos. A través de este estudio, esperamos proporcionar una nueva perspectiva sobre estas dos figuras fundamentales de la filosofía y contribuir al enriquecimiento del pensamiento ético y moral contemporáneo.

Immanuel Kant y la teoría del conocimiento:

Immanuel Kant, filósofo de la Ilustración alemana, revolucionó nuestra comprensión de cómo conocemos el mundo con su obra 'Crítica de la Razón Pura'. Aquí, Kant propuso una reestructuración radical de cómo se entiende la relación entre el conocimiento humano y los objetos de ese conocimiento. Esta innovación en la filosofía se ha llegado a conocer como 'la revolución copernicana en filosofía'.

En su obra, Kant hace una distinción esencial entre dos niveles de realidad: el fenoménico y el nouménico. El primero se refiere al mundo tal como lo percibimos y experimentamos a través de nuestros sentidos y nuestra mente. Este es el mundo de los objetos, tal como nos aparecen. El segundo, en cambio, es el reino de los 'noumena' o 'cosas en sí mismas'. Este es el mundo tal como es, independiente de nuestras percepciones y experiencias de él.

Según Kant, solo podemos tener un conocimiento directo y seguro del mundo fenoménico. En otras palabras, nuestro conocimiento se limita a las apariencias y no puede llegar a conocer las cosas en sí mismas. Como él mismo afirma: "Hasta ahora se ha asumido que todo nuestro conocimiento debe ajustarse a los objetos; pero todas las tentativas de establecer algo a priori acerca de ellos mediante conceptos, con lo cual nuestro conocimiento sería ampliado, bajo esta suposición, han terminado en el fracaso. Intentemos, por tanto, una vez al menos, experimentar si no se resolverán mejor las tareas de la metafísica, suponiendo que los objetos deben ajustarse a nuestro conocimiento" (Kant, 1781/1998, p. Bxvi).

Este giro copernicano en filosofía, donde se invierte la relación tradicional entre el sujeto y el objeto, ha sido objeto de amplio debate. Algunos comentaristas, como Guyer (1987), interpretan la afirmación de Kant como una sugerencia de que, aunque no podemos conocer directamente los *noumena*, podemos suponer que existen de alguna manera para poder entender nuestra propia existencia y experiencia. Según esta lectura, los noumena son necesarios como

suposiciones teóricas para explicar la existencia de un mundo fenoménico que sí podemos conocer. Sin embargo, Guyer también señala que esta interpretación conlleva sus propios problemas, ya que sugiere que hay algo más allá de nuestra experiencia de lo que podemos tener un conocimiento indirecto, lo cual parece contradecir la afirmación original de Kant de que solo podemos conocer los fenómenos.

Por otro lado, Strawson (1966) sostiene que la distinción kantiana entre fenómeno y noumena es en sí misma incoherente y debería ser abandonada. Strawson argumenta que no tiene sentido hablar de cosas que existen completamente independientes de nuestras experiencias de ellas. En otras palabras, no tiene sentido hablar de 'cosas en sí mismas' que están más allá de nuestras experiencias. Según Strawson, la filosofía de Kant estaría mejor sin la noción de noumena y debería centrarse únicamente en los fenómenos, que son los únicos objetos de los que podemos hablar con sentido.

En resumen, aunque la teoría del conocimiento de Kant ha tenido un impacto duradero en la filosofía, su concepto de 'cosa en sí misma' o noumenon ha generado importantes desacuerdos entre los filósofos. Aunque algunos creen que los noumena son necesarios para entender nuestra experiencia fenoménica, otros sostienen que la noción misma de noumena es incoherente y debería ser abandonada.

Una vez entendida la propuesta epistemológica de Kant, donde establece una división entre lo fenoménico y lo nouménico, y sugiere que nuestro conocimiento se limita a lo fenoménico, podemos apreciar cómo estas ideas fundamentan su pensamiento ético. En su ética, Kant mantiene este enfoque trascendental, pero lo aplica al dominio de la acción moral y la toma de decisiones.

La ética de Kant, como su teoría del conocimiento, pone el énfasis en la autonomía y la razón. La moralidad, para Kant, no se basa en las características de las cosas en sí mismas (noumena),

sino en la manera en que nuestros actos pueden ser concebidos como leyes universales dentro del marco de la experiencia fenoménica. Así como en su epistemología sostiene que solo podemos tener un conocimiento directo y seguro del mundo fenoménico, en su ética sostiene que solo podemos determinar la moralidad de nuestras acciones a través de la aplicación de principios racionales y universales que han surgido de nuestro entendimiento fenoménico. Así, se puede apreciar una transición coherente entre la epistemología y la ética kantianas, ambas basadas en su noción revolucionaria de que los objetos de conocimiento y acción deben ajustarse a nuestra razón y no al contrario.

La ética de Kant y la noción del deber:

La ética de Kant se aparta de las tradiciones éticas anteriores que se centraban en la felicidad o la virtud como el objetivo último de la vida moral. En su lugar, Kant propone que la moralidad es una cuestión de deber y que el criterio último para determinar la moralidad de una acción es su conformidad con el imperativo categórico, una ley moral absoluta.

La noción del deber es central en la ética de Kant. Para él, actuar moralmente no es simplemente cuestión de buscar las consecuencias deseables o evitar las indeseables. Más bien, es una cuestión de hacer lo que es correcto simplemente porque es correcto, independientemente de las consecuencias. Esta perspectiva se refleja en la famosa afirmación de Kant: "Obra solo según aquella máxima por la cual puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal" (Kant, 1785/1997, p. 30).

Este imperativo categórico establece que una acción es moralmente correcta solo si su máxima (el principio subyacente o motivo de la acción) puede ser universalizada, es decir, si podemos querer que se convierta en una ley universal que todos deben seguir. Esto significa que la moralidad, para Kant, es cuestión de consistencia y universalidad: nuestras acciones deben ser coherentes con los principios que estaríamos dispuestos a aplicar a todos por igual.

La noción kantiana de *deber* se relaciona estrechamente con su concepto de autonomía. Según Kant, para ser moralmente buenos, debemos ser autónomos, es decir, debemos ser capaces de autolegislarnos. En otras palabras, la moralidad consiste en seguir las leyes que nosotros mismos nos hemos impuesto racionalmente. Esta es una idea radical que rompe con las concepciones éticas anteriores que se basaban en la obediencia a las leyes impuestas externamente, ya sea por la tradición, la religión o la autoridad política.

Sin embargo, estas ideas de Kant han suscitado mucho debate. Por ejemplo, algunos críticos, como Schopenhauer (1840/1965), han argumentado que el imperativo categórico de Kant es demasiado abstracto y formal para ser de utilidad práctica. Según estos críticos, la ética kantiana carece de contenido sustantivo y no proporciona orientación suficiente para la toma de decisiones morales en situaciones concretas.

Por otro lado, otros comentaristas, como Korsgaard (1996), han defendido la ética kantiana, argumentando que proporciona una base sólida para la moralidad basada en la dignidad y el respeto de cada individuo. Según estos defensores, la ética kantiana es una poderosa herramienta para criticar las injusticias sociales y promover los derechos humanos.

En resumen, la ética de Kant, con su énfasis en el deber, la autonomía y la universalidad, ha tenido un impacto duradero en la filosofía moral. A pesar de las críticas, la ética kantiana sigue siendo una de las principales corrientes de la ética contemporánea.

Después de haber establecido los fundamentos del pensamiento epistemológico y ético de Kant, estamos en condiciones de entender mejor las críticas de Nietzsche a estos mismos fundamentos. Friedrich Nietzsche, filósofo de la época moderna tardía, a menudo considerado un precursor del postmodernismo, puso en tela de juicio las suposiciones fundamentales de la filosofía kantiana.

Crítica de Nietzsche a la "cosa en sí" y su relación con la moral kantiana:

Nietzsche, con su carácter provocador y su desdén por las convenciones filosóficas tradicionales, se opuso firmemente a la distinción kantiana entre el fenómeno y el noumeno, o "la cosa en sí". Nietzsche argumentaba que esta distinción era una artificialidad conceptual que no correspondía a cómo realmente experimentamos y comprendemos el mundo.

Nietzsche propone que el conocimiento humano no se limita a las apariencias fenoménicas, como afirmaba Kant, sino que se extiende más allá de estas apariencias hacia lo que Kant llamaba "las cosas en sí mismas". Para Nietzsche, no existe tal distinción entre la apariencia y la realidad. En su obra "Así habló Zaratustra", Nietzsche escribe: "Los 'aparente' y los 'verdadero' son conceptos que se le han impuesto a las cosas, no pertenecen a las cosas, ni siquiera son un característico de las cosas" (Nietzsche, 1883/1961, p. 220).

Desde la perspectiva de Nietzsche, la ética de Kant también era problemática. Nietzsche veía la ética de Kant, con su énfasis en la razón y el deber, como una forma de ascetismo filosófico que limitaba la vitalidad y la creatividad humanas. Nietzsche argumentaba que la ética kantiana era una expresión de una voluntad de negación de la vida, en lugar de una afirmación de la vida. Para Nietzsche, la moralidad no debería ser una cuestión de obedecer leyes universales abstractas, sino de afirmar la vida en todas sus formas.

Estas críticas nietzscheanas a la filosofía de Kant han sido objeto de muchos debates. Algunos críticos, como Leiter (2002), han argumentado que las críticas de Nietzsche a Kant son injustas y malinterpretan su pensamiento. Por otro lado, otros, como Deleuze (1962), han defendido las críticas de Nietzsche, argumentando que su desafío a las suposiciones tradicionales de la filosofía ha abierto nuevos caminos para la reflexión filosófica.

Para desarrollar más a fondo el cuarto punto, podemos examinar en mayor detalle las posibles respuestas a las críticas de Nietzsche desde la filosofía kantiana, tomando en cuenta también las interpretaciones de varios comentaristas contemporáneos.

Respuestas a las críticas de Nietzsche desde la perspectiva kantiana:

Nietzsche presenta dos críticas principales a la filosofía de Kant: la primera a la distinción kantiana entre fenómeno y noumeno; la segunda a la ética kantiana. Aunque Nietzsche vive después de Kant y, por tanto, Kant no puede responder directamente a sus críticas, los seguidores de Kant y los estudiosos de la filosofía han desarrollado varias respuestas posibles a las críticas de Nietzsche.

La primera crítica de Nietzsche es a la distinción fenómeno-noumeno de Kant. Según Nietzsche, esta distinción es artificial y no refleja la realidad del mundo tal como lo experimentamos. Sin embargo, varios estudiosos de Kant han argumentado que Nietzsche ha malinterpretado la intención de esta distinción. Guyer (2006), por ejemplo, sostiene que la distinción fenómeno-noumeno de Kant no pretende dividir el mundo en una realidad accesible (los fenómenos) y una realidad inaccesible (los noumenos). En cambio, Guyer argumenta que para Kant los noumenos no son una realidad inaccesible, sino una idea regulativa que nos ayuda a entender los límites de nuestro conocimiento. En este sentido, la crítica de Nietzsche puede basarse en una interpretación equivocada de la filosofía de Kant.

En una línea similar, Longuenesse (2017) argumenta que la distinción fenómeno-noumeno de Kant no pretende establecer una dicotomía entre la apariencia y la realidad. En su lugar, argumenta que para Kant los fenómenos y los noumenos son dos maneras diferentes de considerar las mismas cosas. Así, la distinción fenómeno-noumeno de Kant no divide el mundo en dos realidades distintas, sino que establece dos perspectivas diferentes sobre la misma

realidad. Esto implicaría que la crítica de Nietzsche se basa en una comprensión errónea de la distinción fenómeno-noumeno de Kant.

La segunda crítica principal de Nietzsche es a la ética de Kant. Nietzsche argumenta que la ética de Kant, con su énfasis en el deber y la razón, es una forma de ascetismo que reprime la vitalidad y la creatividad humanas. En respuesta a esta crítica, varios estudiosos de Kant han argumentado que la ética de Kant no es ascética, sino que afirma la dignidad y autonomía humanas.

Korsgaard (2011), por ejemplo, sostiene que la ética de Kant no es una negación de la vida, sino una afirmación de la humanidad. Según Korsgaard, la ética de Kant sostiene que cada individuo es un fin en sí mismo, y que todos debemos tratar a los demás con la dignidad y el respeto que esto implica. Lejos de reprimir la vitalidad y la creatividad, Korsgaard argumenta que la ética de Kant las afirma.

De manera similar, Allison (2012) argumenta que la crítica de Nietzsche a la moral kantiana se basa en una comprensión errónea de la posición de Kant. Allison sostiene que Kant nunca pretendió que la razón debería reprimir los instintos y pasiones humanas. En cambio, argumenta que para Kant la razón es un medio para integrar y armonizar nuestros instintos y pasiones con los imperativos morales.

A pesar de las fuertes críticas de Nietzsche a la filosofía de Kant, muchos estudiosos de Kant sostienen que estas críticas se basan en una interpretación errónea de las intenciones de Kant. Según estos estudiosos, la filosofía de Kant es coherente y relevante, a pesar de las críticas de Nietzsche.

Habiendo trazado la senda desde las bases éticas y metafísicas de Nietzsche y Kant hasta las críticas de Nietzsche a la distinción fenómeno-noumeno y la ética de Kant, así como las

posibles respuestas de la filosofía kantiana, hemos allanado el camino para una exploración más profunda de estos conceptos y sus implicaciones filosóficas.

En primer lugar, la base ética de Nietzsche, fundamentada en la voluntad de poder y el eterno retorno, establece un telón de fondo para comprender su crítica a la noción kantiana de la "cosa en sí" y a la moral de Kant. A lo largo de su obra, Nietzsche argumenta que las nociones como la "cosa en sí" de Kant son artificiales y no corresponden a la realidad. Este argumento se relaciona estrechamente con su concepción de la voluntad de poder, ya que Nietzsche considera que este tipo de conceptos abstractos restringen y limitan el impulso vital de afirmación de la vida que subyace en la voluntad de poder.

En segundo lugar, la ética kantiana, con su énfasis en el deber por el deber y el imperativo categórico, también se convierte en blanco de las críticas de Nietzsche. Desde su perspectiva, la moral de Kant representa una forma de negación de la vida y una restricción del impulso vital inherente a la voluntad de poder.

Sin embargo, es esencial señalar que las críticas de Nietzsche a Kant no han quedado sin respuesta. Muchos defensores de Kant han argumentado que Nietzsche malinterpreta tanto la distinción fenómeno-noumeno como la moral de Kant. Estos defensores sostienen que la distinción fenómeno-noumeno no se propone como una división entre la apariencia y la realidad, sino más bien como una herramienta para entender los límites de nuestro conocimiento. Además, argumentan que la moral de Kant no es una forma de negación de la vida, sino una afirmación de nuestra dignidad y autonomía humanas.

A partir del examen de las principales críticas elaboradas por Nietzsche al pensamiento moral kantiano puede elaborarse a su vez los puntos de convergencia que permitan explicar el devenir teórico derivado del pensamiento moral de ambos, es por ello que en este trabajo se argumentará la posibilidad de diálogo entre la antropología moral de Immanuel Kant y la

filosofía de Friedrich Nietzsche, con el fin de esclarecer cómo su convergencia puede aportar a la comprensión y el desarrollo de la ética contemporánea. A través de un análisis crítico y comparativo de ambos pensadores, buscamos identificar y analizar los puntos de encuentro en sus respectivas filosofías para fomentar un enfoque más integrador y enriquecedor de la ética y la moral.

Esto será posible trazando una ruta investigativa según los siguientes criterios.

(I) En una primera sección se analizarán las *críticas de Nietzsche* a la antropología moral de Kant: Nietzsche es bien conocido por sus críticas a las ideas de Kant, y un análisis detallado de estas críticas es esencial para nuestro objetivo de fomentar un diálogo entre estos dos pensadores. Exploraremos las críticas de Nietzsche a la distinción fenómeno/noumeno de Kant, a su énfasis en el deber y a su concepción de la libertad y la autonomía. Al mismo tiempo, buscaremos identificar las posibles respuestas a estas críticas por parte de los seguidores de Kant, para comprender mejor el potencial para el diálogo entre las dos filosofías.

(II) Después de lo anterior se analizará el papel de la *voluntad* en la filosofía moral de Kant y Nietzsche: Aunque Kant y Nietzsche poseen diferentes interpretaciones de la voluntad - la *voluntad libre* que permite seguir el imperativo categórico en Kant y la *voluntad de poder* en Nietzsche -, ambos concuerdan en que la voluntad juega un papel crucial en la vida moral. Analizaremos cómo estas interpretaciones contrastantes pueden complementarse mutuamente para ofrecer una visión más completa de la función de la voluntad en la ética.

(III) Después se explorará el concepto de *autonomía* en Kant y Nietzsche: Ambos filósofos valoran la autonomía, aunque desde perspectivas distintas. Mientras Kant la ve como base de la dignidad humana y el deber moral, Nietzsche la vincula con la superación de las normas sociales. Estudiaremos cómo estas diferentes visiones pueden enriquecer nuestra comprensión de la autonomía en el discurso ético contemporáneo.

(IV) Luego se examinará el *rechazo del determinismo* en ambos pensadores: Kant y Nietzsche rechazan la idea de que las acciones humanas están completamente determinadas por factores externos. Exploraremos este rechazo común y cómo puede impulsar un entendimiento más matizado de la agencia y la responsabilidad moral.

(V) Y por último se investigará el *cuestionamiento de la tradición* en Kant y Nietzsche: Ambos filósofos desafían las normas y tradiciones existentes, aunque desde ángulos diferentes. Analizaremos cómo sus críticas pueden colaborar para fomentar un espíritu crítico en la ética contemporánea.

De esta manera podría lograrse vislumbrar un espacio de convergencia que permitiera replantear el modo en que el problema ético en general puede ser abordado desde el pensamiento de esta época. Esto permitiría aportar elementos a las lecturas sobre estos problemas de autores como Allison (2011), Gemes (2013) y Katsafanas (2013), solo por citar algunos ejemplos de este tipo de lecturas y recuperaciones del pensamiento tanto de Nietzsche como de Kant.

Para cumplir cabalmente con estos objetivos el presente trabajo se desarrollará en tres capítulos: en el primer capítulo, se explorará la fundamentación moral y antropológica en las filosofías de Kant y Nietzsche. Se iniciará con una examinación en profundidad de la ética kantiana, concentrándonos en su noción del *deber moral* y la *autonomía de la voluntad*. Luego, se cambiará el enfoque a la propuesta moral de Nietzsche, arrojando luz sobre su caracterización del '*superhombre*' y su rechazo a la *moral tradicional*. Esta visión nietzscheana, que enmarca la moralidad como una expresión de la voluntad de poder, servirá como punto de partida para el análisis. A través de esta comparación, se argumentará que, a pesar de sus divergencias, ambos filósofos comparten un interés por la autonomía individual y la capacidad del sujeto para actuar más allá de las restricciones de la sociedad y la tradición.

El segundo capítulo continuará el análisis, pero desde una perspectiva *crítica*, poniendo a Nietzsche frente a la antropología moral kantiana. Aquí, se examinarán las críticas de Nietzsche a la moral kantiana, con un énfasis particular en su interpretación de la moral kantiana como una 'negación de la vida'. Estas críticas de Nietzsche, que ven la moralidad de Kant como un desprecio por la vida y la voluntad de poder, serán el foco de este capítulo. A continuación, se profundizará en estos desafíos nietzscheanos, explorando cómo Nietzsche pone en tela de juicio los cimientos mismos de la ética kantiana.

Finalmente, el tercer capítulo se centrará en la posibilidad de un *diálogo* entre la antropología moral kantiana y la filosofía nietzscheana. Se presentarán y explorarán las respuestas potenciales a las críticas de Nietzsche, defendiendo la relevancia y la fortaleza de la moral kantiana para la ética contemporánea. A pesar de las críticas de Nietzsche, se argumentará que la ética de Kant proporciona un marco sólido y valioso para comprender la moralidad y la acción ética. Luego, se buscarán puntos de convergencia entre Kant y Nietzsche, argumentando que, a pesar de sus diferencias, hay un terreno común en su preocupación por la autonomía y la superación de las limitaciones tradicionales, lo que puede proporcionar la base para un diálogo fructífero entre estas dos grandes figuras de la filosofía.

La argumentación consiste en mostrar cómo ambas posturas morales asumen como ejes centrales a la autonomía, como rechazo radical de la heteronomía, y la libertad, como trascendencia de la mera individualidad particular.

Capítulo 1: La moral y la antropología en Kant y Nietzsche: Un estudio comparativo

En este capítulo se hará una indagación crítica de las posturas morales adoptadas por Immanuel Kant y Friedrich Nietzsche. Se pone especial énfasis en desentrañar la manera en que ambos filósofos abordan la relación entre *razón* y *moralidad*, y cómo estos enfoques reflejan concepciones antropológicas distintas, así como visiones de lo que para cada uno sería una conducta humana ideal. Se argumenta que, a pesar de sus discordancias, tanto Kant como Nietzsche enfatizan la capacidad humana de autotranscendencia, anclada en la comprensión de nuestra moralidad y nuestra condición humana. Esto nos proporcionará una visión preliminar de sus pensamientos, con lo que, en los capítulos siguientes, se justifica el modo en que ambas posiciones podrían integrarse en nociones morales conjuntas.

1.1 La cosa en sí como fundamento ético kantiano y de la noción del deber

Kant, en su *Crítica de la Razón Pura*, presenta un análisis de la razón y la experiencia humana. Este análisis se basa en la distinción ontológica fundamental entre *fenómeno* (las cosas como aparecen para nosotros) y *noumena* (las cosas en sí mismas). Esta distinción, enmarcada dentro de su sistema filosófico trascendental, proporciona el fundamento para la ética de Kant y su noción de deber.

De acuerdo con Kant, la realidad efectiva o "*Wirklichkeit*" es aquello que percibimos a través de nuestros sentidos, el mundo fenoménico. Por otro lado, la *realidad lógico-predicativa* o "*Realität*" se refiere a la realidad nouménica, la cual trasciende nuestra experiencia directa, siendo la forma en que las cosas existen en sí mismas, independientemente de nuestro conocimiento o experiencia de ellas (Petrolati, 2006).

Para Kant, la "*cosa en sí*" (*Ding an sich*) es incognoscible. No es un hecho objetivo de la realidad, sino el resultado de una *operación lógica*, un límite impuesto por la forma en que

nuestra cognición funciona. Según esta perspectiva, no podemos conocer las cosas tal como son en sí mismas, sólo podemos conocerlas tal como se nos presentan fenoménicamente (Petrolati, 2006).

Veamos detenidamente la explicación que ofrece Petrolati respecto de la diferencia entre la *cosa en sí* y el *fenómeno*:

Con el término «Wirklichkeit» Kant, recordémoslo, indica la *realidad efectiva*, no la lógico-predicativa – residuo gnoseológico (categorial) de la primera–, para la cual utiliza el término «*Realität*». La diferenciación *Wirklichkeit/Realität* está, en Kant, en la base del proceso de objetivación por el cual, en el terreno ocupado por el *Objekt* (auténtico elemento «puente» entre el plano Ontológico-cosal y el Gnoseológico-objetual) – por tanto por medio de la aplicabilidad, *de facto*, de la *Wirklichkeit* al plano cosal (la *Ding an sich* es *wirklich*)–, se dan contemporáneamente los tres caracteres que componen la estructura ontognoseológico del sistema trascendental kantiano: a) la afirmación de facto de la perfecta consistencia ontológica y «gestáltica» (subrayamos «gestáltica»), en sí, de la Cosa; b) la positividad de facto de la recepción de la Cosa, en sus límites propios, por parte del aparato preceptivo-cognitivo de la subjetividad: el *Objekt*; c) la afirmación de facto del *Objekt* a través su confirmación (proceso de categorización) de iure en el objeto- Gegenstand. Esto demuestra que en Kant la *Ding an sich*, o más exactamente la incognoscibilidad (el «*an sich*») de la cosa, en última instancia, no es un hecho (un *quid*, un *que* efectivamente real), sino exclusivamente el resultado de una operación lógica y, por tanto, «ficticia» en cuanto subjetiva. Operación en la cual la supresión del valor de verdad de la experiencia directa del objeto – intuición: Estética trascendental – por parte del sujeto, es funcional a la necesidad de fundar una teoría del conocimiento – garantía siempre de una Ontología positiva, porque el fenómeno (*Erscheinung*) es *Objekt* y no apariencia (*Schein*) – dotada de los caracteres de necesidad y de universalidad. (Petrolati, 2006, p. 71)

En la primera frase, Petrolati establece una distinción importante en la terminología kantiana. "*Wirklichkeit*" es un término alemán que se traduce aproximadamente como "*realidad efectiva*". Kant lo usa para referirse al mundo tal como lo experimentamos, la realidad empírica o fenoménica. Por otro lado, "*Realität*" se traduciría como "realidad" pero Kant lo usa de una

manera especial: se refiere a la realidad nouménica, la realidad "en sí misma", que trasciende nuestra experiencia directa y no es accesible para nosotros.

Un ejemplo de esto podría ser un objeto físico como una manzana. La "*Wirklichkeit*" de la manzana sería la experiencia que tenemos de ella: su color rojo, su olor dulce, su textura crujiente. Pero la "*Realität*" de la manzana, lo que la manzana es en sí misma más allá de nuestra percepción, es incognoscible para nosotros.

Luego, Petrolati sugiere que la distinción entre "*Wirklichkeit*" y "*Realität*" es fundamental para la forma en que Kant concibe el proceso de objetivación, es decir, cómo percibimos y conceptualizamos las cosas en el mundo. El "*Objekt*" es un término que Kant usa para describir algo que se nos presenta en la experiencia, es un término generalmente traducido como "objeto". En el contexto kantiano, un "*Objekt*" es un puente entre el mundo nouménico ("Ontológico-cosal") y nuestra percepción y conocimiento del mundo ("Gnoseológico-objetual").

Para dar un ejemplo, podríamos pensar en una obra de arte. La pintura como "*Objekt*" sería el puente entre la obra de arte como un fenómeno que percibimos (su color, textura, etc., es decir, su "*Wirklichkeit*") y la obra de arte "en sí misma", más allá de nuestra percepción (su "*Realität*") la "*Wirklichkeit*" (la realidad fenoménica) se aplica al "plano cosal" (el mundo nouménico), a través de tres características de la estructura del sistema trascendental kantiano:

(I) Kant afirma que la "Cosa" ("*Ding*") tiene una consistencia ontológica y "gestáltica" perfecta en sí misma. Aquí "gestáltica" podría entenderse como una referencia a la forma o estructura. En otras palabras, aunque no podemos conocer las cosas en sí mismas ("*Ding an sich*"), Kant postula que estas tienen una consistencia y una forma perfectas en sí mismas, más allá de nuestra percepción. Un ejemplo podría ser la forma de una estrella: aunque sólo podemos ver

una representación bidimensional de la estrella, Kant sostendría que la estrella tiene una forma tridimensional perfecta en sí misma.

(II) "La positividad de facto de la recepción de la Cosa, en sus límites propios, por parte del aparato preceptivo-cognitivo de la subjetividad: el Objekt". Aquí, Petrolati parece referirse al hecho de que nuestra percepción y entendimiento del mundo (nuestro "aparato preceptivo-cognitivo") está limitado a la "*Wirklichkeit*", a cómo las cosas nos aparecen en la experiencia. Por ejemplo, aunque podemos percibir los colores de una pintura, estamos limitados a interpretarla dentro de las capacidades de nuestra percepción visual.

(III) "La afirmación de facto del Objekt a través su confirmación (proceso de categorización) *de iure* en el objeto- *Gegenstand*". Aquí, Petrolati sugiere que un "*Objekt*" se convierte en un "*Gegenstand*" (un término que se podría traducir como "objeto" pero que Kant usa para referirse a un objeto de pensamiento o de conocimiento) a través del proceso de categorización. Es decir, tomamos la experiencia cruda del "*Objekt*" y la ordenamos según nuestras categorías mentales para convertirla en un "*Gegenstand*". Por ejemplo, cuando vemos una manzana, tomamos la experiencia sensorial cruda (el "*Objekt*") y la categorizamos como una "manzana" (el "*Gegenstand*") basándonos en nuestras categorías mentales (como la forma, el color, etc.).

Petrolati sugiere que, para Kant, la "*Ding an sich*" no es algo que pueda conocerse realmente (un "*quid*", un "qué" efectivamente real), sino el resultado de un proceso lógico y, en ese sentido, una "ficción" subjetiva. En otras palabras, la "*Ding an sich*" es un concepto que necesitamos para hacer sentido de nuestra experiencia, pero no es algo que podamos conocer directamente.

Además, señala que la idea de la "*Ding an sich*" es funcional para la fundación de una teoría del conocimiento que garantice una Ontología positiva, es decir, que afirme la existencia de cosas fuera de nuestra percepción. Esto se debe a que, en el sistema de Kant, el fenómeno

("Erscheinung", traducido como "aparición" o "fenómeno") es un "Objekt", no una mera apariencia ("Schein").

Un ejemplo de esto podría ser el concepto de "átomo". No podemos ver ni experimentar directamente los átomos, pero los postulamos como "cosas en sí mismas" para explicar nuestra experiencia de los objetos físicos. Sin embargo, esta idea del átomo es en última instancia el resultado de un proceso lógico, no algo que podamos conocer directamente.

Así, a través de la interpretación de Petrolati de Kant, obtenemos una imagen del conocimiento humano como algo inherentemente limitado por nuestra percepción y nuestros procesos lógicos, pero aún capaz de postular una realidad que trasciende esa experiencia inmediata.

Kant desarrolló esta distinción (entre *cosa en sí* y *fenómeno*) en parte para abordar la Tercera Antinomia de la Crítica de la Razón Pura, que trata de la aparente contradicción entre la *libertad* y la *causalidad determinista natural*. Kant sostiene que es posible para nosotros ser libres en un sentido nouménico (como seres que existen en sí mismos y que pueden iniciar nuevas series de eventos), mientras que al mismo tiempo estamos sujetos a las leyes naturales en un sentido fenoménico (como seres que experimentamos el mundo). Esto permitió a Kant mantener la posibilidad de la libertad en su sistema, al tiempo que reconoció la validez de las leyes naturales (García, 2021).

La autonomía de la voluntad juega un papel crucial en la ética de Kant. Según Kant, la autonomía es una propiedad de la voluntad por la cual es una ley para sí misma. En otras palabras, la voluntad autónoma tiene la capacidad de determinar sus propias leyes morales, en lugar de ser gobernada por influencias externas o por inclinaciones internas (Sardo, 2022).

Esta capacidad de la voluntad para actuar de acuerdo con leyes que ella misma establece se refleja en la noción kantiana de un "imperativo categórico". Este imperativo es un mandato

moral que es incondicional y se aplica a todos los seres racionales, independientemente de sus deseos o inclinaciones personales. Kant formula el imperativo categórico de varias maneras, pero una de las más conocidas es: "Obra sólo según aquella máxima por la cual puedas querer que al mismo tiempo se convierta en una ley universal" (Kant, 2012).

El deber moral, en la ética kantiana, es una obligación que surge de la autonomía de la voluntad y el imperativo categórico. Según Kant, los seres humanos tienen el deber de actuar de acuerdo con las leyes morales que han establecido para sí mismos a través de su voluntad autónoma. Este deber no depende de los resultados de nuestras acciones, ni de nuestras inclinaciones personales o deseos. En lugar de ello, se basa en la idea de que como seres racionales debemos actuar de acuerdo con principios que podríamos querer que se conviertan en leyes universales (Kant, 2012).

Es en este sentido que la idea del deber moral se asocia con el mundo nouménico. En otras palabras, el deber moral, como ideal de realización, se encuentra en el mundo inteligible, no en el fenoménico (Ramírez, 2009). Aunque este ideal puede parecer una "bella ilusión", reviste de un enorme valor y dignidad, ya que motiva el desarrollo de pensamientos legítimos y necesarios para el afianzamiento de la vida humana (Ramírez, 2009).

En resumen, la ética de Kant se basa en la distinción entre fenómenos y noumena, la autonomía de la voluntad y la noción de un deber moral que surge de esta autonomía. Aunque las cosas en sí mismas (la realidad nouménica) son incognoscibles para nosotros, sirven como un ideal que guía nuestra conducta moral. De esta forma, Kant intenta salvaguardar la moralidad y la libertad frente al determinismo natural y proporciona un marco para entender nuestra relación con la realidad moral.

Este análisis de la ética de Kant proporciona el punto de partida para una comparación con Nietzsche, cuyas críticas a la moral kantiana estarán detalladas en los siguientes apartados. La

diferencia entre sus puntos de vista sobre la autonomía, en particular, será un hilo conductor en esta comparación (Sardo, 2022).

1.2 La moral irracionalista: La propuesta moral de Nietzsche

Nietzsche no rechaza la razón *per se*, sino que la cuestiona como guía suprema de la conducta humana y la capacidad de ésta para captar la totalidad de la realidad. Castro establece que "Las contradicciones en las que incurre la razón están arraigadas en su propia estructura" (Castro, 2022, p. 11), lo cual alude a un problema en la estructura de la razón misma y no en su aplicación. Podemos entender este enfoque desde el prisma de la crítica nietzscheana a la razón: el pensamiento racional tiene su lugar, pero su dominio exclusivo puede llevar a una deshumanización o una negación de otros aspectos vitales de la existencia humana, tales como los instintos, las emociones y las pasiones. Nietzsche sugiere que una vida regida por la razón es una vida empobrecida, una visión radicalmente diferente a la propuesta kantiana que ensalza la razón como el camino hacia la libertad y la autonomía moral.

Adreina (2023, p. 462) explora la reevaluación nietzscheana de los valores morales tradicionales, en términos de su relación con la "inmoralidad natural". Nietzsche argumenta que la moral tradicional se ha desvinculado de la vida y la naturaleza humanas. Para Nietzsche, el camino a seguir no es una moral universal, sino una que se alinee más estrechamente con lo que él considera la verdadera esencia de la humanidad: una entidad en constante cambio y conflicto, guiada por sus instintos y deseos. Su crítica a la moral kantiana radica en la negación kantiana de estos aspectos humanos a favor de una moralidad puramente racional y universal. Es importante notar que el término "inmoralidad" en Nietzsche no significa necesariamente algo negativo, sino que cuestiona las premisas de la moral tradicional.

Sardo (2022), por su parte, discute la perspectiva de Nietzsche sobre la *autonomía* y su "precio". En contraposición al concepto kantiano de autonomía, Nietzsche ve la autonomía

como una consecuencia de un cierto tipo de moralidad que ha suprimido aspectos esenciales de la vida humana. El "precio" que señala Sardo (2022) se refiere al coste humano de este tipo de autonomía: la represión de los instintos y emociones y la subyugación de la vida a la razón y la moral. Sin embargo, Nietzsche reconoce que estas ilusiones metafísicas han tenido un papel en la formación de la sociedad y la subjetividad humanas, aunque esto no disminuye su crítica a ellas. Para Nietzsche, la vida es un constante devenir, una lucha y afirmación de la voluntad de poder, y una moral que no reconoce esto es, en su opinión, una negación de la vida.

Castro, Andreina y Sardo subrayan el rechazo de Nietzsche a una moralidad basada únicamente en la razón y la autonomía. Las tres posturas concuerdan en que Nietzsche se inclina por una visión de la moralidad que se vincula más directamente con la naturaleza humana y sus instintos.

Castro interpreta a Nietzsche desde una perspectiva crítica a la razón. Este enfoque destaca el papel de las contradicciones inherentes en la razón como limitantes de su capacidad para guiar adecuadamente la conducta humana y comprender la realidad. Aquí, la ventaja es que subraya el núcleo de la crítica de Nietzsche a la razón, que es un tema central en su obra y crucial para entender su perspectiva moral. Andreina se centra en la crítica de Nietzsche a los valores morales tradicionales y su relación con la "inmoralidad natural". Esta perspectiva resalta la postura nietzscheana de que la moral tradicional se ha desvinculado de la vida y la naturaleza humana, y enfatiza el rechazo nietzscheano a una moral universal. Andreina brinda un marco más amplio para entender la perspectiva de Nietzsche, considerando que la moral es inseparable de la visión que se tenga de la humanidad y de la vida. Sardo enfoca su análisis en la autonomía y su "precio" desde una perspectiva nietzscheana. Según Sardo, Nietzsche ve la autonomía como una consecuencia de una moralidad que ha suprimido aspectos esenciales de la vida humana. La ventaja de esta perspectiva radica en su análisis de las implicaciones de las ideas de Nietzsche sobre la autonomía y la responsabilidad, que son centrales en la ética y la filosofía

moral. Las diferencias en estas perspectivas radican principalmente en su enfoque: mientras Castro enfatiza las limitaciones de la razón, Andreina se centra en la relación entre moralidad y vida/naturaleza, y Sardo examina la autonomía y su coste.

Por su parte Ramírez (2009) explica que para Nietzsche cualquier intento de asignar un valor positivo a lo numérico (lo que está más allá de la experiencia sensorial) simplemente se desvía hacia el territorio de la hipótesis y la ilusión. En términos nietzscheanos, esta es una crítica a la tendencia de los filósofos, desde la antigüedad, de buscar y atribuir significado o valor a las cosas en sí mismas (o noumena), una realidad inaccesible más allá de nuestras experiencias sensoriales (fenómenos).

Aquí, Nietzsche argumenta que es un error asignar cualquier realidad última o valor positivo a la *cosa en sí*. Cada vez que se intenta hacerlo, inevitablemente entramos en el terreno de las suposiciones sin fundamento y las ilusiones. Las implicaciones morales de esta idea son claras: si nos preocupamos por el valor moral intrínseco de las *cosas en sí*, es decir, si intentamos determinar “el bien” o “el mal” fuera de nuestro contexto inmediato de experiencia y acción, nos perdemos en hipótesis y ilusiones que no son demostrables ni accesibles.

El estudio de Nietzsche de Demócrito, quien considera que el ser humano está alejado de lo real y es incapaz de conocer lo que es real, sirve como un punto de referencia para su crítica a la metafísica tradicional. Nietzsche parece tomar este punto de vista de Demócrito, sugiriendo que nuestra incapacidad para conocer las cosas en sí mismas debería llevarnos a centrarnos en nuestra experiencia inmediata y accesible, y no en ideales abstractos de bien y mal.

Nietzsche comienza alabando la filosofía de Demócrito como la más coherente y consistente entre los sistemas antiguos de pensamiento: "De todos los sistemas antiguos, el de Demócrito es el más consecuente" (Nietzsche, 2003, p. 141). Con 'consecuente', se implica que el sistema sigue lógica y sistemáticamente sus propios principios hasta sus últimas conclusiones.

Para el alemán una característica clave del atomismo es el determinismo: "Presupone en todas las cosas la más rigurosa necesidad: no admite la existencia de interrupciones súbitas o extrañas en el curso de la Naturaleza" (ibíd.). En el atomismo, todo suceso o fenómeno es el resultado de la interacción necesaria de los átomos en movimiento. No hay lugar para la intervención divina, el azar o los cambios bruscos en el orden natural de las cosas. Nietzsche valora esta concepción mecanicista y determinista del mundo que se opone a las explicaciones mitológicas o teológicas.

De acuerdo con lo anterior, la filosofía de Demócrito superaría la visión antropomórfica del mundo que era común en las explicaciones míticas (por ejemplo, atribuyendo fenómenos naturales a las acciones de dioses humanoides). Al hacerlo, Demócrito proporciona un marco que puede ser utilizado de una manera *científica*, es decir, puede ser sometido a prueba y validación empírica.

Es bastante notable el aprecio de Nietzsche por el enfoque riguroso, coherente y no antropomórfico atribuido a Demócrito para explicar el mundo mediante un enfoque que prescinde de la intervención divina y enfatiza la causalidad mecánica y el materialismo. Esto contrasta fuertemente con las concepciones idealistas y espiritualistas de la realidad que Nietzsche critica ferozmente a lo largo de su obra.

El reconocimiento de Nietzsche de la filosofía materialista y determinista de Demócrito ofrece una base para su crítica de las nociones de voluntad y libertad en el idealismo kantiano. Mientras Kant asigna un lugar central a la voluntad libre como base para la moralidad y la autonomía humana, Nietzsche, al igual que Demócrito, rechaza la idea de que exista una causa libre e incausada en el universo. Este escepticismo hacia la voluntad libre se manifiesta en su crítica de la noción de voluntad en el idealismo kantiano. Nietzsche ve en esta noción un intento de preservar una visión antropomórfica y teológica del mundo, en la que los seres humanos, al

ejercer su "voluntad libre", pueden escapar del determinismo natural que describe Demócrito. Sin embargo, para Nietzsche, este tipo de libertad es una ilusión que encubre la verdadera naturaleza determinista de los procesos naturales. Por tanto, Nietzsche se posiciona más cerca de Demócrito que de Kant, desafiando el presupuesto central del idealismo kantiano y argumentando a favor de una visión más materialista y determinista del mundo y del ser humano.

El punto de vista de Nietzsche de que la noción de voluntad, que surge para llenar el vacío dejado por la incognoscibilidad kantiana de las cosas en sí mismas, es producto de una "intuición literaria" o artística.

Nietzsche rechaza la idea kantiana de que la moralidad proviene de un deber derivado de un mundo inteligible de ideales. En cambio, sugiere que estos ideales son producto de la imaginación y no tienen existencia real.

Aunque Nietzsche critica este enfoque, también reconoce que estos ideales tienen un papel importante que desempeñar. Friedrich Albert Lange, citado aquí, describe este mundo inteligible como un "mundo de poesía", es decir, una ilusión bella y necesaria que motiva a los seres humanos a desarrollar pensamientos y acciones que sostienen y mejoran la vida. En otras palabras, aunque estos ideales puedan ser ilusorios, aún pueden servir a un propósito valioso.

En términos de las implicaciones antropológicas de la moral de Nietzsche, ve a la humanidad como inherentemente alejada de la realidad última de las cosas. Sin embargo, esta desconexión no es necesariamente problemática, sino que simplemente nos obliga a enfocarnos en nuestro propio contexto inmediato de experiencia y acción. Este enfoque tiene profundas implicaciones para nuestra comprensión de la moralidad, sugiriendo que los valores morales deben surgir de nuestras experiencias y acciones individuales y no de ideales abstractos e inaccesibles.

La "voluntad de poder" es un concepto central en la filosofía de Nietzsche que se opone en muchos aspectos a las nociones kantianas de libertad y voluntad autónoma. Para Nietzsche, la "voluntad de poder" es una fuerza primordial e impulsiva que se encuentra en todos los seres vivos, no solo en los humanos. No se trata de una voluntad libre en el sentido de la filosofía moral kantiana, sino más bien de una voluntad en el sentido de un impulso primordial e incontrolable hacia la dominación y el crecimiento.

En términos de la evolución del ser humano hacia el "superhombre", la "voluntad de poder" juega un papel crucial. Para Nietzsche, la humanidad está en un estado de constante evolución y cambio, y el "superhombre" representa el siguiente paso en esta evolución. El "superhombre" es aquel individuo que ha reconocido y aceptado la primacía de la "voluntad de poder" y ha logrado dominar y dirigir esta fuerza para sus propios fines. En otras palabras, el "superhombre" no es un ser que ha logrado escapar del determinismo natural (como podría sugerir la filosofía de Kant), sino un ser que ha aprendido a abrazar y a manejar el determinismo a su favor.

En la visión nietzscheana, la "voluntad de poder" también se conecta con la moral. En lugar de seguir una moral prescriptiva basada en normas universales (como la moral kantiana), Nietzsche propone una moral que es una expresión de la "voluntad de poder". El "superhombre" crea su propia moral a través de la afirmación de su voluntad de poder, rechazando las normas convencionales y prescriptivas de la sociedad.

Nietzsche explica su noción de "superhombre" de diversas maneras, una de ellas es: "El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre; una cuerda tendida sobre el abismo. Es peligroso pasar al otro lado, peligroso permanecer en el camino, peligroso mirar hacia atrás; peligroso pararse y peligroso temblar." (Nietzsche, 2005, p. 42)

La metáfora de “una cuerda tendida”, representa al hombre en su estado actual, atrapado entre dos extremos: por un lado, la *bestialidad animal* representando los instintos primarios e irracionales y, por el otro, el *superhombre*, que es la visión nietzscheana de la máxima expresión del potencial humano: un individuo que ha logrado abrazar y controlar su "voluntad de poder". Esta metáfora resalta la tensión y la inestabilidad inherentes en la condición humana, ubicada entre su pasado animal y su futuro potencial.

El "abismo", por su parte, puede interpretarse como el peligro inherente en esta travesía del hombre hacia el superhombre. Este peligro puede estar relacionado con la posibilidad de caer en el nihilismo, una de las principales preocupaciones de Nietzsche, si el hombre no logra encontrar un sentido o propósito fuera de las construcciones morales y religiosas tradicionales.

Nietzsche parece resaltar la peligrosidad de cualquier decisión que el hombre tome en su camino hacia el superhombre. Cada acción: avanzar, permanecer en el lugar, mirar hacia atrás, pararse, temblar, implica un riesgo. Esta es una afirmación de la vida como un fenómeno peligroso, incierto y siempre en transición, que se alinea con la afirmación de la vida en toda su cruda e impredecible realidad.

Esta imagen mediante la cual se nos explica al superhombre podría representar la visión del camino solitario y arriesgado del individuo hacia la autotrascendencia, a menudo interpretando el "abismo" como el nihilismo. También podría verse como una crítica a la complacencia moral y el estancamiento, viendo el "camino" como la adherencia a las morales tradicionales, y el "pasar al otro lado" como la audaz adopción de nuevas formas de moralidad. Todavía más, podría interpretarse, en un contexto más biológico, con el "animal" y el "superhombre" representando diferentes etapas de la evolución humana. En cualquier caso, el poder de esta cita radica en su capacidad para capturar la tensión y la incertidumbre inherentes a la existencia humana.

Ahora bien, otra explicación de la idea que tiene Nietzsche al hablar sobre el “superhombre” es:

Allí también recogí sobre mi camino el califi-cativo de superhombre y esta doctrina: el hombre es algo que debe ser superado..., el hombre es un puente y no un fin, que se dice bienaventurado de su mediodía y de su noche, una ruta hacia nue-vas auroras: la palabra de Zaratustra en el gran Mediodía y todo lo que he suspendido por encima de los hombres, semejante a un segundo ocaso de púrpura. (Nietzsche, 2005, p. 203)

El "puente" es una metáfora que sugiere transición, conexión y travesía. Representa el estado actual del ser humano, una etapa transitoria entre el animal y el superhombre. Esta metáfora también resalta la importancia del proceso y el viaje, más que el destino final, reforzando la idea de Nietzsche de la constante evolución y transformación. Al establecer un contraste entre un "puente" y un "fin", Nietzsche subraya la dinámica perpetua de la existencia humana. El hombre no es un "fin" en sí mismo, no es un producto acabado. Esto contradice a los ideales del idealismo alemán, que consideraba que el ser humano podía alcanzar un estado final de perfección moral o racional. Para Nietzsche, la humanidad está siempre en movimiento, en un estado constante de superación.

Nietzsche utiliza las imágenes del "mediodía", la "noche" y la "aurora" para simbolizar las distintas fases de la evolución humana. Este es un uso de la metonimia, donde el tiempo del día representa una fase de la vida o de la evolución. El "mediodía" y la "noche" sugieren una transición del apogeo al declive, y la "aurora" simboliza un nuevo comienzo, la aparición del superhombre.

El "segundo ocaso de púrpura": esta metáfora parece encapsular el espectáculo y la majestuosidad del cambio que Nietzsche visualiza. El "ocaso de púrpura" es una imagen de belleza, dramatismo y cierre, pero aquí es "segundo", sugiriendo una renovación o repetición.

Esta metáfora expresa la transformación grandiosa y espléndida hacia el superhombre. Estas figuras retóricas revelan la visión de la humanidad como un proceso siempre en marcha hacia la superación. Muestran un rechazo a las concepciones estáticas del ser humano y su celebración de la constante transformación y evolución.

El superhombre en Nietzsche no es simplemente una versión *mejorada* del ser humano actual, sino un *nuevo* tipo de ser, una meta a la que aspirar. En este sentido, como discutimos en la cita "El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre...", Nietzsche presenta la vida humana como una constante transición, una etapa intermedia, que está en un constante estado de superación hacia un nivel más elevado de existencia: el del superhombre, el cual no está sujeto a las convenciones morales tradicionales, sino que crea sus propios valores a partir de su voluntad de poder. Es capaz de superar la moralidad reactiva y prescriptiva, reemplazándola por una moralidad afirmativa y creativa.

En este sentido, la voluntad de poder es una fuerza fundamental que impulsa a los seres humanos. La voluntad de poder en el superhombre es una fuerza afirmativa, una afirmación de la vida y de sus posibilidades. Es una voluntad que se manifiesta en la capacidad de crear, de cambiar, de superarse a sí mismo. El superhombre simboliza la autotrascendencia, la capacidad de superarse a sí mismo, de superar sus propias limitaciones y de ir más allá de lo que el ser humano es en el presente. Como Nietzsche dice en la cita "el hombre es algo que debe ser superado", el superhombre es el resultado de este proceso de autotrascendencia.

El superhombre es un *ideal* de humanidad que está en constante superación, que crea sus propios valores a partir de su voluntad de poder, y que trasciende las limitaciones impuestas por la moral tradicional. Como tal, representa un reto para la concepción tradicional de lo que significa ser humano.

A modo de conclusión:

La comparación entre las posturas morales de Kant y Nietzsche muestra contrastes significativos y, de manera más sorprendente, ciertas convergencias subyacentes, enmarcadas en su entendimiento y manejo de la "razón". Ambos ofrecen visiones distintivas y potentes sobre la naturaleza humana y la moralidad, y su interpretación de la "razón" tiene profundas implicaciones para nuestra comprensión de la moral y la conducta humana ideal.

Para Kant, la moralidad, como hemos visto, se basa en la "razón pura", que actúa como un *a priori* trascendental, independiente de las experiencias empíricas y las pasiones. Su postura subraya el carácter autónomo y universal de la razón y, por extensión, de la moralidad. En su filosofía, el hombre es un agente racional que tiene la capacidad y el deber de actuar según los imperativos categóricos derivados de su propia razón. La autonomía de la voluntad humana se encuentra en su capacidad para actuar no a partir de intereses y deseos personales, sino a partir de principios universales que cualquier ser racional puede comprender y adoptar.

Por otro lado, Nietzsche rechaza el racionalismo moral de Kant y propone en cambio una moral basada en la vida y las pasiones humanas. Para Nietzsche, la moral es una construcción humana, una interpretación y un reflejo de nuestras necesidades biológicas y sociales. A diferencia de Kant, Nietzsche enfatiza la voluntad de poder, una fuerza primordial que impulsa a todos los seres humanos, y propone que la verdadera moralidad se encuentra en la afirmación de esta voluntad. Para Nietzsche, la "razón" no es algo puramente objetivo y autónomo, sino un medio para la autoafirmación, para la expresión de nuestra voluntad de poder.

A pesar de estas diferencias fundamentales, tanto Kant como Nietzsche comparten la convicción de que el ser humano es un ser capaz de autotranscendencia. Kant sostiene que los humanos pueden trascender sus intereses y deseos personales a través de la razón y actuar según principios universales, mientras que Nietzsche sostiene que los humanos pueden y deben

superarse a sí mismos a través de la afirmación de su voluntad de poder. Aunque difieren en su concepción de cómo se logra esta autotranscendencia, ambos sostienen que la moralidad y la dignidad humanas se encuentran en nuestra capacidad para superarnos a nosotros mismos.

Por lo anterior, es necesario profundizar en las razones por las que Nietzsche rechaza tajantemente la propuesta kantiana, mostrando desde esta crítica posibles debilidades de la moral idealista y, a su vez, revelando importantes pistas de su propia postura. El siguiente capítulo tiene por objetivo profundizar en la confrontación crítica que Nietzsche dirige a Kant.

Capítulo 2. Nietzsche frente a la antropología moral kantiana

De acuerdo con Deleuze, Nietzsche considera insuficiente e inconclusa la crítica kantiana debido a que esta última no ha planteado el problema en términos de valores. Para Nietzsche, la crítica de la razón pura de Kant, si bien transformadora en su intento de proporcionar una fundamentación firme para la ciencia y la moral, aún se queda corta, ya que no logra cuestionar y replantear los valores establecidos por la tradición.

“Revelar que Kant no realizó la verdadera crítica, porque no supo plantear el problema en términos de valores, es precisamente uno de los móviles relevantes de la obra de Nietzsche.” (Deleuze, 1998, p. 7) Deleuze aquí identifica la principal contribución de Nietzsche a la filosofía: la introducción de una nueva forma de evaluar las ideas y los conceptos filosóficos, no sólo en términos de su verdad o falsedad lógica, sino también en términos de su "sentido" y "valor". Es decir, Nietzsche propone examinar las ideas en términos de lo que aportan a la vida, su utilidad y su potencial para mejorar la existencia humana. Deleuze reconoce la influencia masiva que Nietzsche ha tenido en el pensamiento contemporáneo. Muchos filósofos posteriores a Nietzsche, incluso aquellos que no se consideran nietzscheanos, han adoptado este enfoque de valoración y sentido en su análisis filosófico.

Este es el núcleo de la crítica de Nietzsche a Kant, según Deleuze. Kant, con su énfasis en la lógica y la razón pura, y su retiro de la moralidad al dominio de la "cosa en sí", falló, según Nietzsche, al no enmarcar los problemas filosóficos en términos de valores. Este es el "móvil relevante" de la filosofía de Nietzsche, y es este el proyecto que Nietzsche se propone llevar a cabo.

Kant asume en gran medida los valores tradicionales, particularmente aquellos del cristianismo, y sitúa a la moralidad en el dominio de la "cosa en sí", inaccesible a la experiencia humana directa. Esto, a ojos de Nietzsche, es una forma de ascetismo intelectual, que evita cuestionar

los valores tradicionales y en cambio los retira al reino de lo abstracto y lo inaccesible. Esto evita el problema fundamental de la evaluación y la reevaluación de los valores, y por tanto la crítica kantiana se queda a medio camino.

Nietzsche, a diferencia de Kant, se preocupa por la vida en su manifestación más terrenal y concreta. Para Nietzsche, los valores deben ser comprendidos y evaluados en términos de cómo afectan y promueven la vida, y cualquier sistema de valores que niegue la vida, que coloque lo bueno y lo verdadero fuera de la vida, es una forma de nihilismo.

Entonces, para Nietzsche, la crítica de Kant se queda corta porque no va lo suficientemente lejos. No replantea y reevalúa los valores tradicionales en función de la vida. Este, sostiene Nietzsche, es el paso crítico que Kant no da, y es el paso que Nietzsche busca dar en su propia filosofía. Por tanto, según Deleuze, Nietzsche se ve a sí mismo no solo como un crítico de Kant, sino como el crítico de la crítica kantiana, el que lleva la crítica a su conclusión lógica y necesaria.

El primer apartado se centrará en cómo Nietzsche interpreta la "cosa en sí" de Kant como un síntoma de una crítica incompleta, un acto de ascetismo intelectual que desvía la atención de la vida hacia una realidad abstracta. Al desmitificar la 'cosa en sí', Nietzsche reta la premisa fundamental de la moral kantiana, sentando las bases para una nueva comprensión de la moral que reubica los valores en la vida terrenal.

El segundo apartado se enfocará en las alternativas que Nietzsche propone frente a la moral kantiana, las cuales percibe como negación de la vida. Este análisis se centrará en cómo Nietzsche, en su crítica a la negación de la vida en la moral kantiana, propone una reevaluación de los valores que afirman la vida, en particular a través de los conceptos de voluntad de poder y superhombre.

En última instancia, nos interesa mostrar cómo Nietzsche, en su calidad de "crítico de la crítica kantiana", establece una propuesta moral y antropológica que, al centrarse en la afirmación de la vida y la potenciación de las capacidades humanas, supera la crítica kantiana para establecer su propia visión de la moral y la vida humana. Las conclusiones que buscamos alcanzar mostrarán cómo este desafío nietzscheano a la crítica kantiana implica una reconfiguración radical de nuestra comprensión de los valores y de la moral.

2.1. La crítica nietzscheana a la cosa en sí

"Un fenómeno no es una apariencia ni tampoco una aparición, sino un signo, un síntoma que encuentra su sentido en una fuerza actual. Toda la filosofía es una sintomatología y una semiología. Las ciencias son un sistema sintomatológico y semiológico." (Deleuze, 1998, p. 10), aquí Deleuze explica que, para Nietzsche, un fenómeno no se puede entender en sí mismo como una mera apariencia. En lugar de eso, es un signo o síntoma de algo más, de una fuerza en acción. Este enfoque transforma tanto la filosofía como las ciencias en una tarea de interpretación de signos y síntomas, en una tarea semiológica y sintomatológica. Nietzsche se opone tanto a la distinción kantiana entre apariencia y esencia como a la relación causal tradicionalmente asumida en las ciencias. En su lugar, él propone que los fenómenos deben ser entendidos en términos de sentido, lo que implica que no existen como entidades aisladas, sino como manifestaciones de fuerzas en acción.

Incluso la naturaleza no es estática, sino que tiene una historia marcada por la sucesión y coexistencia de diversas fuerzas luchando por la dominación. Los fenómenos cambian de sentido dependiendo de las fuerzas que los dominan en un momento dado. La historia, por lo tanto, se convierte en un relato de la sucesión de estos fenómenos de dominación y sujeción.

A través del análisis de Schopenhauer, Nietzsche puede criticar la noción kantiana de *cosa en sí*. Se puede vislumbrar cómo la filosofía post-kantiana comenzó a explorar la realidad en términos más dinámicos y procesuales, lo cual es crucial para el pensamiento de Nietzsche.

Petrolati (2006) sostiene que, para Kant, la "*Ding*" ("cosa" en alemán) es "*wirklich*" ("real" o "efectiva"), en tanto objeto que, aunque no pueda ser conocido en sí, se encuentra inseparablemente vinculado a nuestra esfera subjetiva de conocimiento. Aunque este objeto ("*Objekt*") puede estar más allá de nuestro entendimiento completo (lo que Petrolati refiere como "la ceguera de la intuición"), sigue siendo parte integral de nuestra experiencia y

comprensión del mundo. Petrolati contrasta la postura de Kant con la de Schopenhauer. El "Wille" de Schopenhauer (a menudo traducido como "voluntad") es su interpretación de la "cosa en sí" kantiana. Pero para Schopenhauer, esta "cosa en sí" va más allá de la realidad tal como se entiende en la filosofía kantiana, trascendiendo tanto la "*Realität*" (realidad) como la "*Wirklichkeit*" (realidad efectiva).

Schopenhauer reduce la noción de causalidad a una sola entidad, eliminando la dualidad presente en la visión kantiana (que considera la causalidad desde perspectivas tanto subjetivas como objetivas). Este "aniquilamiento del 'ab extra'" se refiere a la eliminación del plano de la cosa en sí que, según Kant, está más allá de nuestra experiencia directa. Al hacer esto, Schopenhauer también elimina el "Als Ob" (el "como si"), que Petrolati interpreta aquí como el aspecto analógico o metafórico de la causalidad en la filosofía kantiana.

La discusión de Petrolati sugiere que Schopenhauer y Nietzsche pueden ver la noción kantiana de "cosa en sí" como un obstáculo que limita la comprensión de la realidad y la causalidad. A partir de este análisis, podemos entender mejor cómo Nietzsche puede construir su propia crítica de la noción de "cosa en sí" de Kant.

La "cosa en sí" se refiere a la realidad tal como es, independiente de nuestra percepción o conocimiento de ella, aunque podemos conocer fenómenos (las cosas tal como aparecen para nosotros), no podemos conocer directamente las cosas en sí mismas. Sin embargo, podemos inferir su existencia a través de nuestros encuentros con fenómenos. Esto implica que la realidad objetiva y nuestro conocimiento de ella son esferas distintas que interactúan pero que nunca coinciden por completo.

La propuesta de García (2021), de entender la causalidad como un principio regulativo, trata la tensión entre la realidad objetiva y nuestro conocimiento de ella. En lugar de ver la causalidad como una ley fundamental que existe independientemente en el universo (una "cosa en sí" en

términos causales), la causalidad se ve como una construcción de nuestro entendimiento que nos ayuda a organizar nuestra experiencia y conocimiento del mundo. Por lo tanto, al igual que con la "cosa en sí" de Kant, hay una distinción entre cómo las cosas son independientemente de nosotros y cómo las conocemos o las entendemos.

Por lo tanto, estos dos conceptos están conectados en la forma en que tratan la relación entre la realidad objetiva y nuestra percepción o conocimiento de ella, y en la forma en que proponen para navegar en esta relación y lograr una comprensión significativa del mundo. Ambos enfatizan la distinción, pero también la interacción entre estos dos aspectos de nuestra experiencia del mundo.

Tal como explica García (2021, p. 215) la aparente contradicción entre causalidad y libertad puede resolverse si la causalidad se interpreta como un principio regulativo en lugar de constitutivo. Un principio regulativo, en el sentido kantiano, se refiere a una idea que nos ayuda a organizar y guiar nuestro pensamiento y nuestro enfoque de la investigación, pero que no se supone que exista independientemente de nuestro conocimiento. Por otro lado, un principio constitutivo sería algo que forma parte de la realidad misma, independientemente de nuestra percepción o comprensión. Por lo tanto, García sugiere que si entendemos la causalidad como un marco bajo el cual operamos en lugar de una ley fundamental de la realidad, puede reconciliarse con la noción de libertad.

Ramírez (2009) explica que cuando se intenta atribuir un valor positivo a lo numérico (lo que Kant denomina "cosa en sí"), se desciende al terreno de la especulación y la ilusión. El "valor negativo" se refiere a la concepción kantiana de la cosa en sí como inaccesible e incognoscible, y al convertir este valor negativo en un valor positivo, uno estaría intentando asumir algo sobre la naturaleza de esta realidad inaccesible. Sin embargo, cualquier intento de afirmar algo

definitivo sobre la cosa en sí es, por definición, indemostrable e hipotético, ya que está más allá del alcance del conocimiento humano.

Mientras que Nietzsche reconoce la larga tradición filosófica de explorar la relación entre los fenómenos y la cosa en sí, rechaza la idea de que esta última pueda ser identificada de alguna manera. En otras palabras, la realidad última de las cosas, la "cosa en sí", permanece esencialmente más allá del alcance de cualquier afirmación definitiva.

Así, Nietzsche ve la "cosa en sí" como una construcción teórica, una ficción útil más que una realidad trascendental. Niega la posibilidad de tener conocimiento o experiencia directa de la "cosa en sí" y sostiene que los humanos solo pueden interactuar con fenómenos, las interpretaciones o representaciones de la realidad que son mediadas por nuestra percepción y entendimiento.

Ramírez (2009, 274) subraya cómo Nietzsche reemplaza la "incógnita kantiana", la "cosa en sí", con el concepto de voluntad. Según Nietzsche, este concepto surge no de un análisis racional, sino de una "intuición literaria" o artística. Se puede interpretar esto como un reconocimiento de que, aunque la "cosa en sí" es inaccesible para el conocimiento humano, los humanos pueden usar su imaginación y su intuición para formar conceptos y modelos que les ayuden a entender y interactuar con el mundo.

En cuanto a la ética kantiana, la idea del deber moral está asociada a la idea de que los seres humanos pueden, y deben, actuar de acuerdo con los imperativos morales que provienen del "mundo inteligible". Este mundo, en el cual reside la libertad como un ideal, es inaccesible para la experiencia humana directa, pero sirve como un estándar contra el cual se pueden medir y evaluar las acciones humanas.

Lange (citado por Ramírez, 2009) describe este mundo inteligible como un "mundo de poesía". Aunque no existe en la realidad física, tiene un valor y una dignidad enormes debido a su papel como ideal en la mente humana. Aunque es una ilusión, inspira pensamientos y acciones que son necesarios para el progreso y el bienestar de los seres humanos.

Podemos decir que tanto Kant como Nietzsche están de acuerdo en que el mundo humano está mediado por representaciones, sean éstas fenomenológicas (Kant) o volitivas (Nietzsche). Mientras que para Kant la "cosa en sí" es la realidad última, pero inaccesible, Nietzsche reemplaza este concepto con el de voluntad, surgido de una intuición artística, mostrando un rechazo a la postura trascendental de Kant. En ambos casos, aunque a través de diferentes caminos, se enfatiza la relevancia de los ideales (ya sea el deber moral en Kant, o la voluntad en Nietzsche) para guiar la vida humana, aun reconociendo que dichos ideales no son accesibles de manera directa en la experiencia humana.

El problema fundamental de la cosa en sí y de su relación con la voluntad que Nietzsche identificó y criticó, consiste en que la voluntad es la "cosa en sí", libre de la esfera de la espacio-temporalidad y causalidad, pero también se manifiesta en el plano fenoménico. Nietzsche ve esto como una dicotomía incongruente y engañosa.

Tal como señala Ramírez (2009, p. 276) la aporía es el intento de explicar con una noción perteneciente al plano fenoménico (la voluntad), una categoría (la "cosa en sí") que afirma un carácter completamente trascendente. Para Nietzsche, esto lleva a Schopenhauer a un engaño: pretender convertir en objeto de conocimiento algo (la "cosa en sí") que, por su carácter incondicionado, nunca puede ser objetivado.

Para Nietzsche, esta división entre el plano de la voluntad y el de la representación es una reminiscencia de la metafísica platónica, que también divide el mundo en dos: un mundo "verdadero" (el mundo de las Ideas) y un mundo "aparente" (el mundo sensible). Nietzsche

rechaza este dualismo, afirmando que, aunque existe un fundamento para el mundo, no puede ser comprendido en un esquema dualista de oposición con el mundo fenoménico.

Nietzsche está esencialmente criticando la postura trascendental de Kant y Schopenhauer sobre la "cosa en sí". En cambio, sugiere que nuestro entendimiento del mundo se deriva no de conceptos trascendentales, sino de las interpretaciones e intuiciones (como la voluntad) que emergen de nuestras experiencias fenoménicas. Aquí también vemos la misma atención a la importancia de los ideales como fuerzas motivadoras, aunque Nietzsche insiste en que deben ser comprendidos en términos fenoménicos, no trascendentales.

2.2: Nietzsche frente a la moral kantiana

Nietzsche en el "Crepúsculo de los ídolos" realiza un ataque crítico a los filósofos tradicionales y sus métodos. En particular, cuestiona su incapacidad para abordar el mundo en sus términos cambiantes y fluidos, en lugar de intentar congelarlo en categorías fijas y eternas:

¿Me pregunta usted qué cosas son idiosincrasia en los filósofos?... Por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la noción misma de devenir, su egipcismo. Ellos creen otorgar un honor a una cosa cuando la deshistorizan, sub specie aeternitatis, —cuando hacen de ella una momia. Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real. Matan, rellenan de paja, esos señores idólatras de los conceptos, cuando adoran, —se vuelven mortalmente peligrosos para todo, cuando adoran. La muerte, el cambio, la vejez, así como la procreación y el crecimiento son para ellos objeciones, — incluso refutaciones. Lo que es no deviene; lo que deviene no es... Ahora bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en lo que es. Mas como no pueden apoderarse de ello, buscan razones de por qué se les retiene. (Nietzsche, 2002, p. 51)

Argumenta que tienden a ignorar o rechazar la idea de que las cosas cambian con el tiempo (el "devenir"). En lugar de ver las ideas y los conceptos como productos de la historia y la cultura que evolucionan con el tiempo, los filósofos a menudo los tratan como verdades eternas e inmutables. Los filósofos son comparados con los antiguos egipcios que momificaban a los muertos para preservarlos para la eternidad. De la misma forma, los filósofos "momifican" las ideas, eliminando su contexto histórico y social, para hacer que parezcan eternas e inmutables. Este proceso de "deshistorización" es una forma de negar el devenir y el cambio.

Nietzsche sostiene que los filósofos a menudo rechazan o ignoran estos aspectos de la vida porque no encajan en sus esquemas conceptuales rígidos. En lugar de abordar el mundo tal como es, en toda su complejidad y cambio, tratan de imponer sobre él una visión ordenada y

estática. Los filósofos se aferran desesperadamente a sus conceptos y categorías fijas porque no pueden lidiar con la fluidez y el cambio del mundo real.

De acuerdo con esto, nuestras creencias y valores morales no son verdades eternas e inmutables, sino interpretaciones que surgen de nuestra perspectiva particular. En lugar de ver la moralidad en términos absolutos y universales, debemos reconocer que es un producto del devenir y del cambio, y que está profundamente arraigada en nuestro contexto histórico y cultural.

La moralidad no es una cuestión de obedecer reglas o normas externas, sino de afirmar nuestra voluntad de poder y de crear nuestros propios valores. Es una expresión de nuestra individualidad y nuestra creatividad, y no debe ser restringida por los límites impuestos por los sistemas de valores tradicionales. En lugar de tratar de imponer una visión única y estática de la moralidad, debemos reconocer la diversidad y la pluralidad de las perspectivas morales. Debemos estar dispuestos a cuestionar nuestras creencias y valores, a ponerlos a prueba y a revisarlos a la luz de nuestra experiencia y nuestro conocimiento en constante cambio.

En última instancia, la moralidad, al igual que todas las demás formas de conocimiento, es una cuestión de interpretación y de perspectiva. No es algo que se pueda determinar de una vez por todas, sino algo que siempre está en proceso de devenir.

En este sentido y para aclarar la postura específica del alemán es importante recalcar su famoso *dictum*: “no hay hechos, sólo interpretaciones” (Nietzsche, 2008, p. 222) Nietzsche se opone a la idea de que el mundo está compuesto de “hechos brutos” a los cuales eventualmente podríamos tener acceso epistémico, en cambio la cita implica que toda operación del intelecto humano es un ejercicio interpretativo y que el único conocimiento derivado de ese ejercicio solamente puede provenir de la afirmación de teorías a través del método científico. Todo lo

que consideramos un hecho es en realidad una interpretación de la realidad que hemos asumido como válida.

"No podemos constatar ningún *factum* «en sí»: quizás sea un absurdo querer algo así." (Ibíd.) En esta parte, Nietzsche hace una referencia directa a la noción kantiana de la "cosa en sí", y sugiere que incluso la idea de un "factum en sí" es un absurdo, ya que todo "hecho" es una interpretación. cuestiona la noción de un sujeto dado, una base de la filosofía moderna desde Descartes. En lugar de concebir al sujeto como una entidad constante y conocible, Nietzsche lo ve como una construcción, algo que hemos inventado y añadido a nuestra interpretación de la realidad.

Aunque se afirma que el mundo es cognoscible, sólo lo es en términos de interpretaciones, no de hechos objetivos. Además, el mundo no tiene *un solo sentido* o significado; en cambio, tiene innumerables sentidos, dependiendo de la perspectiva desde la que se lo vea. Esto resume su teoría del perspectivismo, que sostiene que todas las interpretaciones son condicionadas por la perspectiva del intérprete.

Según Gori (2017), existen al menos dos grandes problemas que tiene que afrontar el perspectivismo nietzscheano: 1) la reducción del orden del discurso a la sola esfera teórica, y 2) la lectura meramente negativa como disgregación de los puntos de orientación hacia el mundo. Si se asumen ambos problemas como válidos el perspectivismo no sería más que un relativismo y un nihilismo o escepticismo epistemológico.

El problema 1) se refiere a la objeción de que el perspectivismo, al enfocarse en la interpretación y en las perspectivas, puede parecer que se limita a la esfera teórica o conceptual, y no se ocupa suficientemente de la práctica o de la acción en el mundo. La afirmación de que todo es una cuestión de interpretación, podría implicar que lo que hacemos en la vida práctica, en la vida cotidiana, no tiene una relevancia fundamental.

Por ejemplo, si todo es interpretación, uno podría pensar que da igual si realizamos una u otra acción, pues lo que importaría sería cómo interpretamos esa acción y no la acción en sí misma. Este punto de vista podría reducir toda nuestra interacción con el mundo a un juego teórico de interpretaciones, dejando fuera la importancia de nuestras acciones reales y efectivas en el mundo.

El problema 2 se refiere a la posibilidad de que, si tomamos el perspectivismo nietzscheano como una negación total de la objetividad y de los puntos de referencia estables en el mundo, podríamos caer en una forma de nihilismo o escepticismo epistemológico.

Para ilustrar esto, pensemos en la idea de justicia. Si desde un perspectivismo radical sostenemos que todas las interpretaciones de la justicia son igualmente válidas porque son meras interpretaciones, podríamos llegar a la conclusión de que no hay una manera correcta o incorrecta de aplicar la justicia, lo que resulta en un relativismo moral bastante lejano de las exigencias nietzscheanas como la tendencia al superhombre, por poner un ejemplo.

Gori (2017) sugiere que, para evitar caer en estas problemáticas, el perspectivismo nietzscheano debe ser entendido de una manera matizada que evite tanto la reducción a la teoría como la caída en un escepticismo. Esto podría implicar un reconocimiento de que, aunque todas nuestras interacciones con el mundo están mediadas por interpretaciones, esto no significa que todas las interpretaciones sean igualmente válidas ni que nuestras acciones en el mundo carezcan de importancia.

Esta idea en contra de los “hechos” aparece recurrentemente en la obra de Nietzsche, en *Humano, demasiado humano*, dice: “no hay *datos eternos*; no hay verdades absolutas” (Nietzsche, 2001, p. 44) por lo que exige, más bien, un “filosofar histórico” y modestia. En la *Ciencia jovial* dice:

No tenemos, en efecto, ningún órgano para *conocer*, para la “verdad”: “sabemos” (o creemos o nos imaginamos) precisamente tanto como pueda ser *útil* al interés del rebaño humano, de la especie: e incluso, lo que aquí se llama “utilidad”, por último, sólo es una creencia, algo imaginado y, tal vez, justamente aquella fatalísima estupidez por la que algún día pereceremos. (Nietzsche, 1990, p. 219)

Lo anterior implica que no solo los objetos serían acreedores a esta crítica nietzscheana a los hechos, sino también, y quizá principalmente, la noción de sujeto se pone en cuestión; y aquí es donde se esconde una posible solución al problema 1, consistente en asumir a partir del perspectivismo, una reducción de todo cuanto es posible conocer al ámbito teórico o del ejercicio subjetivo de la interpretación, como si el sujeto que interpreta fuese *la medida de todos los hechos*; el punto es que si el propio sujeto es un *hecho* tan “ilusorio” como todos los demás, entonces tampoco puede ni debe ser entendido como la causa o el fundamento mediante el cual se establecen o se imponen determinadas “interpretaciones”. Nietzsche diluye esta idea diciendo:

El comprenderse cada uno de nosotros a sí mismo tan individualmente como sea posible, el «conocerse a sí mismo», y aun cuando se disponga de la mejor voluntad, siempre traerá a la conciencia sólo lo que en sí mismo es no-individual, su «promedio» —que nuestro pensamiento mismo recibe continuamente, por así decirlo, la mayoría devotos a través del carácter de la conciencia —a través del «genio de la especie» que manda en él—, y que es retraducido de acuerdo con la perspectiva del rebaño. (Nietzsche, 1990, p. 219)

Esta cita destaca la tensión entre la individualidad y el "promedio", que podría interpretarse como la norma social o las tendencias colectivas. Nietzsche sostiene que, incluso en nuestros esfuerzos por comprendernos a nosotros mismos, lo que a menudo sale a la luz no es nuestra individualidad única, sino nuestras características comunes, aquellas que compartimos con los demás.

Este proceso se ve reforzado por nuestra conciencia y nuestro pensamiento, que Nietzsche describe como estar bajo el dominio del "genio de la especie". Este término refiere a las influencias colectivas, quizás biológicas y sociales, que conforman nuestra conciencia y nuestras formas de pensar. Estas influencias son tan fuertes que nuestras perspectivas individuales son "retraducidas" de acuerdo con la "perspectiva del rebaño", es decir, la norma social o las tendencias colectivas.

Por lo tanto, la individualidad y la idea de subjetividad asociada con ella, según Nietzsche, es en gran medida una ilusión, ya que nuestra conciencia y nuestros pensamientos están profundamente influenciados por fuerzas más allá de nuestro control individual. El filósofo rechaza la dicotomía sujeto-objeto y, más bien, ve a la subjetividad individual (el "sujeto") como algo que está atravesado y conformado por factores más allá del individuo.

Además, al afirmar que incluso nuestro autoconocimiento trae a la luz solo lo "promedio" o lo colectivo, se está desafiando la idea de que podemos tener acceso directo a la "cosa en sí", es decir, a la realidad tal como es independiente de nuestra percepción. Para Nietzsche, nuestras percepciones siempre están mediadas por nuestras perspectivas, que están moldeadas por fuerzas biológicas y sociales.

Por lo tanto, el problema para Nietzsche no radica en determinar la objetividad en el sentido de la correspondencia con la realidad independiente de la percepción, sino en cuestionar toda la estructura sujeto-objeto que subyace en la teoría del conocimiento del idealismo alemán y la supuesta distinción entre el fenómeno y la cosa en sí.

Por lo que la supuesta reducción al orden teórico de la aporía entre los hechos y las interpretaciones no implica una perspectiva individualista, como si el individuo no estuviese anclado y determinado. La idea de que todas las interpretaciones son igualmente válidas, lo que

a veces se llama relativismo, es una simplificación excesiva y una distorsión de su perspectivismo.

El perspectivismo no significa que todos los puntos de vista sean igualmente válidos o que no haya ninguna base para preferir una interpretación sobre otra. En cambio, sostiene que todas las interpretaciones están arraigadas en perspectivas particulares que reflejan una variedad de influencias, que van desde nuestra biología hasta nuestra cultura y nuestra historia individual.

El reconocimiento de la naturaleza perspectivista del conocimiento no nos lleva a un escepticismo paralizante. En lugar de ello, debería liberarnos de la idea limitante de que solo hay una única "verdad" o una única forma "correcta" de interpretar el mundo. Así, el perspectivismo nos permite explorar una gama más amplia de posibilidades interpretativas y nos anima a ser conscientes y críticos de las perspectivas que adoptamos.

El problema 2 de la aporía entre hechos e interpretaciones implica que el perspectivismo es meramente negativo y desorientador se basa en la percepción de que, al negar la posibilidad de una verdad objetiva y única, se deja al individuo sin puntos de referencia firmes, absolutos o *eternos* para orientarse en el mundo.

Esta crítica parece malinterpretar la intención y el efecto del perspectivismo. En lugar de ser una postura meramente negativa, el perspectivismo es liberador en muchos aspectos. En primer lugar, al liberarnos de la creencia en una única verdad objetiva, nos permite reconocer y explorar la pluralidad de perspectivas e interpretaciones que están disponibles para nosotros.

En segundo lugar, lejos de desorientarnos, el perspectivismo de Nietzsche nos invita a ser más conscientes y reflexivos sobre las perspectivas que adoptamos. En lugar de aceptar pasivamente una interpretación "objetiva" de la realidad, se nos pide que reflexionemos sobre cómo nuestras

propias perspectivas e interpretaciones están influenciadas por una variedad de factores, desde nuestra biología hasta nuestra cultura e historia personal.

El perspectivismo de Nietzsche no niega la posibilidad de que algunas interpretaciones puedan ser más valiosas o útiles que otras en determinados contextos. En lugar de eso, nos anima a ser críticos y reflexivos sobre nuestras interpretaciones, a estar abiertos a la posibilidad de cambiar nuestras perspectivas y a reconocer la complejidad y la multiplicidad de la realidad.

Lejos de ser meramente negativo y desorientador, el perspectivismo de Nietzsche es un llamado a la reflexión crítica, a la apertura a nuevas perspectivas y a un reconocimiento de la complejidad y diversidad de la realidad. Esta visión, lejos de ser nihilista o escepticista, es afirmativa y vitalista, ya que respeta la pluralidad y la creatividad inherente a la existencia humana.

A modo de conclusión:

Para entender cómo Nietzsche pasa de la crítica a Kant a su propio perspectivismo moral, es crucial recordar que Nietzsche cuestiona toda la estructura sujeto-objeto que fundamenta el idealismo alemán, así como la distinción entre el fenómeno y la cosa en sí. En lugar de ver la voluntad como algo que se puede entender independientemente de su contexto fenomenológico, Nietzsche sostiene que la voluntad es en sí misma una construcción interpretativa que emerge de una particular perspectiva sobre la realidad.

En la moral kantiana, la voluntad es vista como la capacidad por la que la razón se autolegisla, y la libertad de la voluntad es explicada como una "cosa en sí". Sin embargo, para Nietzsche, esta visión de la voluntad es simplemente una de las muchas perspectivas posibles, y no una verdad última o definitiva. La voluntad, al igual que cualquier otro concepto, está abierta a múltiples interpretaciones dependiendo de la perspectiva desde la que se la examine.

Esta crítica lleva a Nietzsche a proponer una nueva moral: el perspectivismo. En lugar de apelar a normas universales derivadas de una supuesta voluntad libre o de una "cosa en sí", Nietzsche sostiene que la moral debe ser entendida como una cuestión de perspectiva. Cada individuo, o más precisamente, cada interpretación, crea sus propias normas y valores en función de su propia perspectiva única sobre la realidad.

Lejos de ser simplemente negativa o crítica, esta visión de la moral es afirmativa y constructiva. En lugar de estar atada a normas universales y abstractas, la moral perspectivista de Nietzsche es flexible, dinámica y está arraigada en el contexto concreto de la vida individual y colectiva. En lugar de ser impuesta desde arriba, la moral surge de abajo hacia arriba, a través del proceso creativo de interpretación y valoración que cada perspectiva lleva a cabo.

Es importante notar que, para Nietzsche, esto no significa que todas las perspectivas sean igualmente válidas o deseables. Algunas perspectivas pueden ser más valiosas o útiles que otras en función de su capacidad para *afirmar y potenciar la vida*. Pero en última instancia, la "verdad" de cualquier perspectiva moral no se encuentra en su correspondencia con una realidad objetiva o una "cosa en sí", sino en su capacidad para afirmar y enriquecer la vida.

Capítulo 3: Confrontación y convergencia en Kant y Nietzsche

En este capítulo, nos embarcamos en un viaje filosófico para explorar las tensiones y posibles convergencias entre dos gigantes del pensamiento occidental: Immanuel Kant y Friedrich Nietzsche. Aunque a primera vista parecen estar en extremos opuestos del espectro moral, un examen más detenido revela una complejidad y una posibilidad de diálogo que a menudo se pasa por alto.

En el primer apartado, nos centraremos en la defensa de la moral kantiana ante las críticas de Nietzsche. Con su énfasis en la afirmación de la vida y la voluntad de poder, criticó la ética kantiana como una forma de negación de la vida. Sin embargo, la moral kantiana, con su énfasis en la autonomía, la dignidad y el respeto universal, tiene sus propios argumentos de defensa.

El imperativo categórico de Kant no es una regla rígida, sino un principio que guía la acción moral.

Allison (2012) proporciona una interpretación detallada del imperativo categórico de Kant, argumentando que es un principio fundamental de la moralidad que se basa en la razón y la autonomía, en lugar de ser una regla rígida impuesta desde el exterior.

Los defensores de Kant argumentan que la libertad de la voluntad no es una ilusión, sino una condición necesaria para la moralidad. Según Kant, sólo podemos ser moralmente responsables de nuestras acciones si somos libres para elegir cómo actuar. Guyer (2006) proporciona una defensa detallada de la libertad de la voluntad en Kant, argumentando que es una parte esencial de la moralidad kantiana.

Nietzsche argumentó que la ley moral universal de Kant es una forma de tiranía que suprime la individualidad y la diversidad de los seres humanos. Sin embargo, los defensores de Kant argumentan que la ley moral universal de Kant no es tiránica, sino que proporciona un marco

para la acción moral. Según Kant, la ley moral es una guía para la acción, no una restricción a la libertad. En este apartado exploraremos estos argumentos en profundidad, utilizando el trabajo de Malishev, Allison, Guyer y otros para ilustrar cómo la moral kantiana puede defenderse a sí misma.

En el segundo apartado, exploraremos las posibles convergencias entre Kant y Nietzsche. Aunque a menudo se los ve como adversarios filosóficos, hay áreas en las que sus pensamientos pueden converger. Nietzsche reconoce la necesidad de algún tipo de obligación moral, incluso en situaciones que desafían las normas morales convencionales. Esta idea de una "obligación dividida" sugiere una posible convergencia con la ética kantiana, que también reconoce la complejidad y la ambigüedad de la moralidad.

Lupo (2019) discute la moralidad de la "costumbre" en el contexto de Nietzsche y Kant. Argumenta que, aunque Nietzsche critica la moral kantiana, también reconoce la importancia de la costumbre y la tradición en la formación de la moralidad. Esta idea de la "moralidad de la costumbre" sugiere una posible convergencia con la ética kantiana, que también reconoce la importancia de la costumbre y la tradición en la formación de la moralidad.

Argumentaremos la posibilidad de un diálogo entre Kant y Nietzsche. Aunque a menudo se los ve como adversarios irreconciliables, hay áreas en las que sus pensamientos pueden converger: (I) ambos filósofos reconocen la importancia de la autonomía y la libertad en la moralidad; (II) ambos filósofos reconocen la complejidad y la ambigüedad de la moralidad, y la necesidad de un enfoque matizado y contextual de la moral.

Al final de este capítulo, se defenderá una comprensión de la relación entre Kant y Nietzsche. Aunque hay tensiones y críticas, también hay posibilidades de diálogo y convergencia. En lugar de ver a Kant y Nietzsche como adversarios irreconciliables, podemos verlos como participantes en un diálogo filosófico en curso sobre la naturaleza de la moralidad. A través de

este diálogo, podemos llegar a una comprensión más profunda y matizada de la moralidad, que reconoce tanto la importancia de los principios universales como la importancia de la individualidad y la diversidad.

3.1: La moral kantiana en defensa propia

Guyer (2006) hace un análisis detallado de la concepción kantiana de la "buena voluntad" y su relación con el deber y la ley moral. Sostiene que lo único de valor incondicional es la buena voluntad. Esto significa que la buena voluntad es valiosa en sí misma, independientemente de los resultados que pueda producir. Guyer (2006, p. 181) señala que Kant argumenta que los dones de la naturaleza y la fortuna, como la fuerza, el talento y los recursos, no son incondicionalmente valiosos, porque su valor depende de si son utilizados por una buena o mala voluntad. Por ejemplo, el talento puede ser valioso si se utiliza para el bien, pero puede ser perjudicial si se utiliza para el mal.

El objetivo de una buena voluntad no puede ser simplemente producir felicidad, porque la buena voluntad no es particularmente buena para hacer eso. En otras palabras, la buena voluntad no garantiza la felicidad. Guyer señala que este argumento se basa en la premisa de que cada una de nuestras facultades tiene un propósito natural, y que debe ser buena para ese propósito.

Kant sostiene que una persona demuestra la posesión de una buena voluntad no solo al realizar una acción que está en conformidad con el deber, sino al realizar dicha acción por deber. Esto significa que una persona con buena voluntad no solo hace lo que requiere su deber, sino que también está motivada por el reconocimiento de que la acción es su deber. Guyer utiliza el ejemplo del comerciante honesto para ilustrar este punto. Si un comerciante es honesto simplemente porque piensa que la honestidad es buena para su negocio, entonces su acción es motivada por el interés propio, no por el deber.

El valor moral de una acción reside en el principio de la voluntad, no en los fines que puede alcanzar la acción. Esto significa que una acción es moralmente valiosa no por sus resultados, sino por la intención o motivación detrás de la acción. Por ejemplo, si una persona ayuda a otra

no porque espera algo a cambio, sino simplemente porque reconoce que es su deber ayudar a los demás, entonces su acción tiene valor moral. Por su parte, el deber es la necesidad de una acción por respeto a la ley, no por cualquier inclinación o deseo por un objeto o estado de cosas. Esto significa que una acción es un deber no porque nos guste o deseemos el resultado de la acción, sino porque reconocemos que la acción es requerida por la ley moral.

Kant infiere el imperativo categórico, que es el principio moral fundamental de su ética. El imperativo categórico sostiene que debemos actuar sólo de acuerdo con aquellas máximas que podríamos querer que se convirtieran en una ley universal. En otras palabras, debemos actuar de tal manera que nuestras acciones puedan ser universalizadas sin contradicción.

La lectura de Guyer (2006) implica que la buena voluntad es valiosa en sí misma y es la base de la moralidad; las acciones son moralmente valiosas no por sus resultados, sino por la intención o motivación detrás de ellas; y el deber moral se entiende como la necesidad de actuar por respeto a la ley moral, no por cualquier inclinación o deseo por un objeto o estado de cosas. Estas ideas son fundamentales para la ética kantiana y su concepción del imperativo categórico.

Por su parte, Malishev (2014) considera que el imperativo categórico explica en tanto base y ley el pensamiento moral kantiano, señala que la investigación especializada no tardó demasiado en percatarse de la relación entre el imperativo categórico y la regla de oro, que es un principio moral que se encuentra en muchas culturas y religiones.

Malishev (2014) señala que la fórmula de la universalización de las máximas de Kant, que es la base del imperativo categórico, es esencialmente una versión de la regla de oro. La regla de oro, en su forma más básica, dice: "No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti". Malishev argumenta que cuando Kant dice: "Obra de tal manera para que la regla de tu conducta pueda ser una ley deseable de convivencia", está expresando esencialmente la regla de oro y el principio de la benevolencia.

Sin embargo, la aplicación de la regla de oro puede ser problemática en ciertas situaciones. Por ejemplo, puede haber problemas si intentamos imponer el bien a alguien sin su consentimiento. Además, la regla de oro puede ser mal utilizada para justificar comportamientos inmorales. Por ejemplo, si alguien tiene inclinaciones masoquistas y desea sufrir, la regla de oro podría interpretarse como que está permitido hacer sufrir a los demás.

Respeto por la autonomía: Para evitar estos problemas, Malishev argumenta que la fórmula de Kant presupone la exigencia de no tratar al hombre como objeto y de respetar su voluntad. En otras palabras, no podemos simplemente imponer nuestra voluntad a los demás, sino que debemos respetar su autonomía y su derecho a tomar sus propias decisiones. Esto es consistente con la ética kantiana, que enfatiza la importancia de la autonomía y el respeto por la dignidad de cada individuo.

Aunque estos dos principios son similares en muchos aspectos, Malishev señala que la aplicación de la regla de oro puede ser problemática en ciertas situaciones y que la ética kantiana proporciona una forma de evitar estos problemas al enfatizar la importancia del respeto por la autonomía de cada individuo.

Guyer (2006) señala que la idea de que sólo podemos tener respeto por las acciones genuinas es una suposición normativa básica en la ética kantiana. Kant sostiene que sólo las acciones que se realizan por el deber y no por motivos ulteriores merecen respeto moral. Guyer sugiere que esta suposición es intuitivamente convincente para muchas personas, aunque no se deriva de nada más fundamental.

La humanidad como un fin en sí misma: Guyer luego se refiere a la segunda formulación del imperativo categórico de Kant, que sostiene que la humanidad siempre debe ser tratada como un fin en sí misma y nunca como un mero medio. Esta es una norma moral fundamental en la

ética kantiana, y Guyer sugiere que muchas personas la encuentran inmediatamente convincente, aunque no se puede derivar de ningún hecho metafísico más cierto.

Guyer (2006, p. 91) se pregunta si las otras formulaciones del imperativo categórico de Kant pueden derivarse de la idea de que la humanidad debe ser tratada como un fin en sí misma. Además, se pregunta si los principios de deber más concretos pueden derivarse del imperativo categórico. Por ejemplo, si aceptamos el imperativo categórico, ¿podemos derivar de él normas morales más específicas, como la obligación de decir la verdad o la prohibición de robar? Guyer sugiere que si podemos derivar principios de deber más concretos del imperativo categórico, esto podría proporcionar una confirmación adicional. En otras palabras, si el imperativo categórico puede proporcionar una base para normas morales que encontramos intuitivamente convincentes, esto podría ser visto como una evidencia adicional a favor del imperativo categórico.

Guyer sugiere que aunque estos principios morales fundamentales no pueden ser derivados de hechos metafísicos más ciertos, pueden ser intuitivamente convincentes y pueden proporcionar una base para normas morales más concretas. Sin embargo, también señala que este proceso de derivación puede ser complicado y puede requerir más análisis y discusión.

Tanto Guyer (2006) como Malishev (2014) se centran en diferentes aspectos y presentan diferentes interpretaciones. Guyer se centra en cómo las normas morales concretas se derivan de principios morales más fundamentales en la ética kantiana. Argumenta que aunque estos principios morales fundamentales no pueden ser derivados de hechos metafísicos más ciertos, pueden ser intuitivamente convincentes y pueden proporcionar una base para normas morales más concretas. Guyer sugiere que si podemos derivar principios de deber más concretos del imperativo categórico, esto podría proporcionar una confirmación adicional del imperativo categórico.

Por otro lado, Malishev se centra en la relación entre el imperativo categórico de Kant y la regla de oro, que es un principio moral que se encuentra en muchas culturas y religiones. Argumenta que la fórmula de la universalización de las máximas de Kant es esencialmente una versión de la regla de oro. Sin embargo, también señala que la aplicación de la regla de oro puede ser problemática en ciertas situaciones y que la ética kantiana proporciona una forma de evitar estos problemas al enfatizar la importancia del respeto por la autonomía de cada individuo.

Ambas interpretaciones tienen sus méritos. La interpretación de Guyer proporciona una visión detallada de cómo las normas morales concretas pueden derivarse de principios morales más fundamentales, lo que puede ser útil para entender cómo la ética kantiana puede aplicarse en situaciones prácticas. Por otro lado, la interpretación de Malishev destaca la conexión entre la ética kantiana y la regla de oro, lo que puede ayudar a situar la ética kantiana en un contexto moral más amplio.

Los imperativos, en general, reciben, tal como señala Allison (2012), al menos dos justificaciones, una para las proposiciones prácticas, y otra para las proposiciones teóricas. Para las proposiciones prácticas, que incluyen tanto el imperativo categórico como imperativos categóricos particulares, como "Nunca mientas". Allison señala que Kant intentó justificar el imperativo categórico como el principio fundamental de la moralidad en la tercera sección de la "Fundamentación de la metafísica de las costumbres" (GMS, por sus siglas en alemán). Sin embargo, en la segunda "Crítica", Kant abandona este proyecto y sostiene que el imperativo categórico no requiere una deducción, ya que se valida por la conciencia de la ley moral como un "hecho de la razón". En la "Metafísica de las costumbres", Kant se dedica en gran medida a la justificación de los deberes particulares.

La segunda forma de justificación práctica se refiere a la justificación de ciertas proposiciones teóricas. Según Kant, estas son proposiciones sobre Dios, la inmortalidad y la libertad, que en la segunda "Crítica" se refiere como "postulados de la razón práctica pura" porque la moralidad requiere que se presupongan, aunque no sean susceptibles de una justificación teórica.

En la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Kant argumenta que el imperativo categórico, el principio moral fundamental que dice que debemos actuar sólo de acuerdo con las máximas que podríamos querer que se convirtieran en una ley universal, se deriva de la naturaleza de la razón práctica misma. Sin embargo, en la segunda "Crítica", Kant sostiene que el imperativo categórico no necesita una deducción, ya que se valida por la conciencia de la ley moral como un "hecho de la razón". Esto podría interpretarse como una afirmación de que la validez del imperativo categórico es algo que cada individuo debe reconocer por sí mismo, a través de su propia conciencia moral.

Kant sostiene que estos postulados *no pueden ser justificados teóricamente*, sino que deben ser presupuestos por la moralidad. Esto significa que, aunque no podemos demostrar teóricamente la existencia de Dios, la inmortalidad del alma o la libertad de la voluntad, debemos actuar como si estas cosas fueran verdaderas porque son necesarias para la moralidad.

Por lo tanto, en cierto sentido, podría decirse que la justificación de la moral kantiana depende en última instancia de la libertad de la conciencia individual. Sin embargo, también es importante tener en cuenta que Kant no ve esto como una debilidad de su teoría, sino como una afirmación de la autonomía moral del individuo. Según Kant, cada individuo tiene la capacidad de reconocer y actuar de acuerdo con la ley moral a través de su propia razón práctica.

Allison señala que Kant distingue entre dos sentidos de libertad: espontaneidad (una concepción negativa de libertad) y autonomía (una concepción positiva de libertad). La espontaneidad, según Kant, es lo opuesto a la necesidad natural; es una causalidad que actúa

independientemente de causas externas que la determinen. Por otro lado, la autonomía se refiere a la propiedad de la voluntad de ser una ley para sí misma.

Aunque Kant sugiere que el concepto de *autonomía* se deriva del concepto de *espontaneidad*, esto no es obviamente el caso. Es decir, parece posible que una voluntad pueda ser libre en el sentido de no estar causalmente necesitada por condiciones antecedentes (espontaneidad) y, sin embargo, ser ineludiblemente heterónoma en el sentido de que sus incentivos o motivos provienen de su naturaleza sensible. Esto plantea la pregunta de cómo están relacionados estos dos sentidos de libertad y si uno se deriva necesariamente del otro. Allison (2012, p. 115) enfatiza que la vinculación del imperativo categórico requiere autonomía. Esto significa que para que el imperativo categórico sea vinculante, la voluntad debe ser capaz de actuar según leyes que se da a sí misma, en lugar de estar determinada por causas externas.

Allison (2012, p. 116) señala que, incluso si el argumento de Kant de la espontaneidad epistémica a la espontaneidad práctica fuera exitoso, sería insuficiente para establecer el objetivo de la deducción (que es la autonomía necesaria para el imperativo categórico). Kant invierte su estrategia en la segunda "Crítica". En lugar de comenzar con un argumento para presuponer la libertad basado en una concepción general de la agencia racional, como hace en la "Fundamentación de la metafísica de las costumbres", Kant comienza en la segunda "Crítica" apelando al "hecho de la razón", es decir, una conciencia presumiblemente autovalidante de la ley moral como supremamente autoritativa, y procede a partir de esto a una deducción de la libertad.

El problema obvio con esta estrategia es la apelación aparentemente petitoria a un hecho de la razón. Kant caracteriza este "hecho de la razón" de diferentes maneras en diferentes lugares y en sus momentos más cuidadosos lo describe: "como si fuera un hecho" [*gleichsam als ein*

Faktum] (Allison expone hasta ocho maneras distintas de entender este *Faktum* en el contexto de la segunda crítica).

Allison menciona la distinción hecha por Lewis White Beck entre un "hecho para" y un "hecho de" la razón pura. Beck entiende por el primero un valor preexistente que es conocido por la razón pura. En esta lectura, la razón pura se considera como una capacidad teórica o, más precisamente, una capacidad para la intuición intelectual, que es una capacidad que Kant niega que sea posible, no solo para los humanos, sino para los seres racionales finitos en general. Esta visión platónica, además de su naturaleza petitoria, que comparte con otras formas de intuicionismo moral, está en contradicción directa con un principio central de la epistemología kantiana.

Beck sugiere, y Allison está de acuerdo, que las cosas parecen considerablemente diferentes si entendemos que Kant se refiere al hecho de la razón pura. Beck caracteriza este hecho como el hecho de que la razón pura es práctica, es decir, que puede determinar la voluntad por sí misma. No en el sentido causal, sino en el sentido normativo de que proporciona a la voluntad un principio que es objetivamente necesario y, como tal, vincula u obliga a los agentes racionales finitos.

Allison recurre a la tesis de Hume de que "la razón es, y sólo debe ser, la esclava de las pasiones, y nunca puede pretender tener otra función que servir y obedecer a las pasiones" (Hume, 2001, p. 303.). Frente a esta tesis y a sus muchas variantes modernas, uno podría sentirse tentado a descartar la afirmación kantiana de que la razón pura es práctica como igualmente petitoria.

Dado que el objetivo declarado de la segunda "Crítica" es demostrar que la razón pura es práctica, al apelar simplemente a ella simplemente "como si fuera un hecho", Kant podría estar facilitándose demasiado las cosas.

La diferencia en las concepciones de libertad en los trabajos de Kant permite evitar una aparente contradicción entre sus cuentas en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* y en la segunda "Crítica" y trabajos posteriores. Kant trató la libertad como una idea que se presupone por la concepción de uno mismo como un agente racional, independientemente de cualquier consideración moral específica. Sin embargo, en la segunda "Crítica", Kant nos dice que la ley moral es la *ratio cognoscendi* de la libertad.

Allison (2012, p. 119) cita a Kant diciendo que si la ley moral no hubiera sido pensada claramente en nuestra razón, nunca nos consideraríamos justificados en asumir algo como la libertad. Si Kant quisiera decir lo mismo por libertad en este y en textos similares que lo que hizo en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, cuando insistió en que sólo podemos actuar bajo la idea de libertad, no sólo habría contradicho directamente su punto de vista anterior, sino que habría afirmado una tesis aparentemente implausible.

Si uno se considera a sí mismo un agente libre de la manera que Kant afirma en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* y otros textos anteriores, ¿no es uno libre en asuntos de prudencia, así como en asuntos de moralidad? Si Kant se refiere a la libertad como autonomía en la segunda "Crítica" y otros textos posteriores, entonces no hay contradicción. De hecho, aparte de esta conciencia, es difícil concebir cómo un agente podría tener conciencia de una capacidad para gobernarse a sí mismo por la razón pura, independientemente de cualquier interés o deseo empírico que el agente pueda tener.

La antinomia entre *libertad* y *necesidad* en la "Crítica de la razón pura", es una ilusión que surge de la suposición de que el mundo (la totalidad de las apariencias) existe en sí mismo, independientemente de las condiciones de su cognición. Esta es la visión a la que se compromete el realismo trascendental.

Allison (2012, p. 122) sugiere que la resolución de la Antinomia de Kant implica que no hay un "hecho de la libertad", sino simplemente dos principios regulativos, cada uno con su propio ámbito de validez. La justificación práctica de la libertad de Kant no implica ninguna tesis ontológica sobre la libertad. En cambio, adoptando el lenguaje de Dummett, Putnam y otros, Allison sugiere que terminamos con lo que él llama una doctrina de "afirmabilidad justificada desde un punto de vista", donde el punto de vista es práctico: esto es, como agente racional involucrado en un proceso de deliberación sobre lo que debo hacer (en un sentido moral o prudente), debo considerarme libre en el sentido negativo de ser independiente de la determinación por causas naturales; mientras que, como sujeto vinculado por la ley moral, debo considerarme libre en el sentido positivo de poseer autonomía. La primera es la tesis de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* y la segunda de la segunda "Crítica".

Las dos nociones distintas de libertad permiten comprender en la segunda crítica a esta como la propiedad mediante la cual la razón es capaz de proporcionarse a sí misma una ley. Esta ley es el imperativo categórico, que es el principio moral fundamental de Kant. Según el imperativo categórico, debemos actuar sólo de acuerdo con aquellas máximas que podríamos querer que se convirtieran en una ley universal. En otras palabras, debemos actuar de tal manera que nuestras acciones puedan ser universalizadas sin contradicción.

La justificación práctica de la libertad de Kant, según Allison, no implica ninguna tesis ontológica sobre la libertad. En cambio, adopta lo que Allison llama una doctrina de "afirmabilidad justificada desde un punto de vista", donde el punto de vista es práctico. Como agentes racionales involucrados en un proceso de deliberación sobre lo que debemos hacer, debemos considerarnos libres en el sentido negativo de ser independientes de la determinación por causas naturales; mientras que, como sujetos vinculados por la ley moral, debemos considerarnos libres en el sentido positivo de poseer autonomía.

Por lo tanto, la diferencia en los principios regulativos sobre la idea de libertad en los textos de Kant resuelve y explica el problema de la libertad como la propiedad mediante la cual la razón es capaz de proporcionarse a sí misma una ley al proporcionar una justificación práctica de la libertad que es coherente con la visión de Kant de la moralidad y la razón práctica.

3.2: Convergencias y posibilidades: En busca de un diálogo entre Kant y Nietzsche

La filosofía moral tanto de Immanuel Kant como de Friedrich Nietzsche a menudo se presenta como diametralmente opuesta. Kant; el defensor de la razón, la autonomía y el imperativo categórico, parece estar en desacuerdo con Nietzsche, el crítico de la moral tradicional y defensor de la voluntad de poder. Sin embargo, a pesar de estas diferencias aparentes, hay áreas en las que sus pensamientos pueden converger. Este ensayo explorará estas convergencias, centrándose en dos áreas clave: la importancia de la autonomía y la libertad en la moralidad, y el reconocimiento de la complejidad y la ambigüedad de la moralidad.

La autonomía y la libertad son conceptos centrales tanto en la filosofía moral de Kant como en la de Nietzsche. Para Kant, la autonomía es la capacidad de la razón para darse a sí misma la ley moral, y la libertad es la propiedad de la voluntad de ser una ley para sí misma (Allison, 2012). Esta concepción de la libertad como autonomía es fundamental para la ética deontológica de Kant, que sostiene que las acciones morales son aquellas que se realizan por deber, es decir, por respeto a la ley moral (Guyer, 2006).

Nietzsche, por otro lado, ve la libertad de una manera diferente. Para él, la libertad está más relacionada con la afirmación de la voluntad de poder y la superación de las limitaciones impuestas por la moral tradicional (Malishev, 2014). Sin embargo, a pesar de estas diferencias en la conceptualización de la libertad, hay una convergencia en la importancia que ambos filósofos le dan a la autonomía y la libertad en la moralidad.

Tanto Kant como Nietzsche reconocen la complejidad y la ambigüedad de la moralidad. Para Kant, la moralidad no es simplemente una cuestión de seguir reglas fijas, sino que requiere un juicio prudente para aplicar los principios morales a situaciones concretas (Guyer, 2006). Asimismo, Nietzsche ve la moralidad como algo que está en constante flujo y cambio, y que no puede ser reducido a una serie de reglas fijas (Malishev, 2014).

Esta visión matizada y contextual de la moralidad es otra área de convergencia entre Kant y Nietzsche. Ambos filósofos reconocen que la moralidad no es algo simple y directo, sino que es complejo y a menudo ambiguo. Esta visión de la moralidad refleja una comprensión profunda de la naturaleza humana y de la dificultad de la acción moral.

A pesar de las diferencias aparentes entre Kant y Nietzsche, hay áreas en las que sus pensamientos pueden converger. Ambos filósofos reconocen la importancia de la autonomía y la libertad en la moralidad, y ambos reconocen la complejidad y la ambigüedad de la moralidad. Estas convergencias sugieren que, a pesar de sus diferencias, hay un diálogo posible entre Kant y Nietzsche, uno que puede enriquecer nuestra comprensión de la moralidad y de la filosofía moral en general.

Estas convergencias entre Kant y Nietzsche no implican que sus filosofías sean compatibles en todos los aspectos. Sin embargo, sugieren que hay un diálogo fructífero posible entre ellos, uno que puede ayudarnos a entender mejor la naturaleza de la moralidad y la ética. A pesar de sus diferencias, tanto Kant como Nietzsche ofrecen visiones profundas y matizadas de la moralidad que pueden enriquecer nuestra comprensión de la ética y la filosofía moral.

La autonomía, según Kant, es la capacidad de la razón para darse a sí misma la ley moral. En otras palabras, la autonomía es la capacidad de un individuo para actuar de acuerdo con las leyes morales que él mismo ha formulado, en lugar de simplemente seguir las leyes impuestas por fuerzas externas. Esta idea es central en la ética deontológica de Kant, que sostiene que las acciones morales son aquellas que se realizan por deber, es decir, por respeto a la ley moral. La autonomía, en este sentido, es la libertad de la voluntad de ser una ley para sí misma.

Nietzsche, por otro lado, tiene una visión muy diferente de la autonomía. Para Nietzsche, la autonomía no se trata tanto de seguir las leyes morales que uno mismo ha formulado, sino de afirmar la voluntad de poder y superar las limitaciones impuestas por la moral tradicional. En

lugar de ver la moralidad como algo que se impone desde fuera o incluso desde la razón interna, Nietzsche ve la moralidad como algo que surge de la afirmación de la voluntad individual.

Por lo tanto, la principal diferencia entre las concepciones de autonomía de Kant y Nietzsche radica en su visión de la moralidad. Para Kant, la autonomía implica la capacidad de actuar de acuerdo con las leyes morales que uno mismo ha formulado a través de la razón. Para Nietzsche, la autonomía implica la capacidad de afirmar la voluntad de poder y superar las limitaciones impuestas por la moral tradicional.

Ambos filósofos rechazan la heteronomía, que es la condición de estar controlado o influenciado por fuerzas externas. Para Kant, la autonomía se logra a través de la razón y la adhesión a la ley moral que uno mismo ha formulado. Kant sostiene que los individuos deberían ser capaces de actuar de acuerdo con las leyes morales que ellos mismos han formulado, en lugar de simplemente seguir las leyes impuestas por fuerzas externas. En este sentido, la autonomía para Kant es una cuestión de autolegislación moral.

Nietzsche, por otro lado, ve la autonomía en términos de la afirmación de la voluntad de poder. Para Nietzsche, los individuos deberían ser capaces de superar las limitaciones impuestas por la moral tradicional y afirmar su voluntad de poder. En este sentido, la autonomía para Nietzsche es una cuestión de autoafirmación y superación de las limitaciones impuestas por las fuerzas externas.

Por lo tanto, aunque Kant y Nietzsche tienen visiones muy diferentes de la autonomía y la moralidad, ambos filósofos están de acuerdo en que los individuos no deberían estar sujetos a la voluntad de fuerzas externas. En este sentido, hay una convergencia entre las filosofías de Kant y Nietzsche en su rechazo de la heteronomía y su valoración de la autonomía.

La libertad es entendida en términos de autonomía moral. Es decir, la libertad es la capacidad de un individuo para actuar de acuerdo con las leyes morales que él mismo ha formulado a través de la razón. Kant sostiene que somos libres cuando nuestras acciones son guiadas por la razón y no por nuestros deseos o inclinaciones. En este sentido, la libertad para Kant es la capacidad de actuar de acuerdo con la ley moral, que es una ley que uno mismo se ha dado.

Para Nietzsche, la *libertad* no se trata tanto de seguir las leyes morales que uno mismo ha formulado, sino de afirmar la voluntad de poder y superar las limitaciones impuestas por la moral tradicional. Nietzsche ve la libertad como la capacidad de un individuo para afirmar su voluntad de poder y superar las limitaciones impuestas por la moral tradicional y la sociedad. En este sentido, la libertad para Nietzsche es una cuestión de autoafirmación y superación de las limitaciones.

Por lo tanto, aunque tanto Kant como Nietzsche valoran la libertad, tienen visiones muy diferentes de lo que ésta implica. Para Kant, la *libertad* es una cuestión de autonomía moral y la capacidad de actuar de acuerdo con la ley moral. Para Nietzsche, la libertad es una cuestión de afirmación de la voluntad de poder y superación de las limitaciones.

La concepción de libertad de Kant podría no ser considerada como libertad verdadera por Nietzsche. Para Nietzsche, la libertad no se encuentra en la adhesión a una ley moral universal, sino en la afirmación de la voluntad individual y en la superación de las normas y valores impuestos por la sociedad.

Por ejemplo, consideremos el caso de una persona que decide no mentir bajo ninguna circunstancia, siguiendo el imperativo categórico de Kant que sostiene que uno debe "actuar sólo según la máxima mediante la cual puedes al mismo tiempo querer que se convierta en una ley universal". Esta persona estaría actuando de acuerdo con la concepción kantiana de libertad, ya que está siguiendo una ley moral que ella misma ha formulado a través de la razón.

Sin embargo, para Nietzsche, esta persona no estaría ejerciendo su libertad en el sentido más profundo. Podría argumentar que esta persona está limitada por una norma moral universal y no está afirmando su voluntad de poder. En lugar de seguir ciegamente una ley moral, Nietzsche sostendría que la persona debería evaluar cada situación individualmente y actuar de acuerdo con su propia voluntad y valores. En este sentido, la adhesión estricta a una ley moral, incluso si uno mismo la ha formulado, podría ser vista por Nietzsche como una limitación de la verdadera libertad.

La concepción de libertad de Nietzsche, a su vez, podría no ser considerada como libertad verdadera por Kant. Para Kant, la libertad se encuentra en la autonomía moral, es decir, en la capacidad de un individuo para actuar de acuerdo con las leyes morales que él mismo ha formulado a través de la razón. La afirmación de la voluntad de poder de Nietzsche, por otro lado, podría ser vista por Kant como una forma de esclavitud a los deseos e impulsos individuales, en lugar de una verdadera libertad.

Por ejemplo, consideremos a una persona que decide vivir su vida siguiendo sus propios deseos y pasiones, sin tener en cuenta las normas morales universales. Esta persona podría ser vista como libre en el sentido nietzscheano, ya que está afirmando su voluntad de poder y no está limitada por las normas y valores impuestos por la sociedad.

Sin embargo, para Kant, esta persona no estaría ejerciendo su libertad en el sentido más profundo. Kant podría argumentar que esta persona está siendo esclava de sus propios deseos e impulsos, y no está actuando de acuerdo con las leyes morales que ella misma ha formulado a través de la razón. En lugar de seguir ciegamente sus propios deseos, Kant sostendría que la persona debería actuar de acuerdo con la ley moral, que es una ley que uno mismo se ha dado. En este sentido, la afirmación de la voluntad de poder, incluso si uno mismo la ha formulado, podría ser vista por Kant como una limitación de la verdadera libertad.

Hulias (2020), explica la idea del individuo como un sujeto integral de posibles transformaciones espirituales, morales y otras, y encarnaciones materiales del hombre. Se hace hincapié en el estudio de los factores de este fenómeno en la edad adulta, el género, la edad y la profesión elegida. Los orígenes del estudio del problema del diseño axiopsicológico de los logros de vida del individuo se reflejan a través de la perspectiva de las principales tendencias filosóficas: fenomenológica, existencial y filosófico-antropológica, basadas en la comprensión del hombre como un ser abierto que constantemente se define a sí mismo, proyecta. Los correlatos axiopsicológicos clave de las cuestiones filosóficas son la intencionalidad, la elección, la visión del mundo, el sentido de la vida, los valores y las orientaciones de valor, el éxito en la vida, la felicidad, etc., que dan motivos para afirmar que el individuo como sujeto es capaz de autodeterminación y autotrascendencia, autodeterminación.

Este estudio parece sugerir que tanto la autodeterminación como la autotrascendencia son aspectos clave de la autonomía y la libertad en el sentido más amplio. La autodeterminación se refiere a la capacidad del individuo para definirse a sí mismo y tomar decisiones autónomas, mientras que la autotrascendencia implica la capacidad de superar las limitaciones personales y conectarse con algo más grande que uno mismo. Ambos conceptos parecen estar presentes en las filosofías de Kant y Nietzsche, aunque se manifiestan de manera diferente.

En el caso de Kant, la autodeterminación se manifiesta en la capacidad de la razón para otorgarse a sí misma una ley, mientras que la autotrascendencia se refiere a la capacidad de la razón para trascender los intereses personales y adoptar una perspectiva universal. Por otro lado, en la filosofía de Nietzsche, la autodeterminación se manifiesta en la afirmación de la voluntad individual, mientras que la autotrascendencia se refiere a la capacidad de superar las convenciones sociales y morales para afirmar la vida en sus propios términos.

Tanto Kant como Nietzsche ven la libertad como algo que *va más allá* de la mera *individualidad* y la *autodeterminación*. Sin embargo, la forma en que cada uno de ellos entiende esta trascendencia es fundamentalmente diferente.

Para Kant, la libertad se entiende como autonomía, es decir, la capacidad de la voluntad para darse a sí misma una ley moral. Esta ley moral, el imperativo categórico, es universal y se aplica a todos los seres racionales. Por lo tanto, la autonomía para Kant implica una especie de trascendencia de la individualidad en el sentido de que uno se somete a una ley que es universal y no simplemente una expresión de los deseos o intereses individuales. En este sentido, la libertad kantiana implica una trascendencia de la mera individualidad hacia una perspectiva universal.

Por otro lado, Nietzsche rechaza la idea de que la moralidad pueda ser universal y objetiva. En cambio, ve la moralidad como una construcción social que refleja los valores de una determinada sociedad o cultura. Para Nietzsche, la verdadera libertad implica la capacidad de trascender estas construcciones sociales y afirmar la vida en sus propios términos. En este sentido, la libertad nietzscheana también implica una trascendencia de la mera individualidad, pero de una manera muy diferente a la de Kant. Para Nietzsche, esta trascendencia implica la afirmación de la voluntad individual en contra de las convenciones sociales y morales.

Por lo tanto, aunque tanto Kant como Nietzsche ven la libertad como algo que implica la trascendencia de la mera individualidad, la forma en que entienden esta trascendencia es fundamentalmente diferente. Para Kant, la trascendencia implica la adopción de una perspectiva universal y la sumisión a una ley moral universal. Para Nietzsche, la trascendencia implica la afirmación de la voluntad individual en contra de las convenciones sociales y morales.

Estas diferencias son fundamentales y reflejan las diferentes concepciones de la moralidad y la libertad en las filosofías de Kant y Nietzsche. Sin embargo, tu interpretación de que ambos ven la libertad como algo que implica la trascendencia de la mera individualidad es una observación perspicaz y muestra una posible convergencia en sus pensamientos, aunque esta convergencia es más bien superficial y no resuelve las profundas diferencias entre sus filosofías.

Katsafanas (2013) se centra en la idea de que tanto Kant como Hegel están de acuerdo en que las afirmaciones normativas sólo están justificadas si son manifestaciones de libertad. Kant intenta derivar contenido ético sustantivo de una noción formal de autonomía, mientras que Hegel argumenta que este enfoque falla. Katsafanas sostiene que Nietzsche desarrolla una teoría de la normatividad que incorpora aspectos tanto de Kant como de Hegel.

Para Kant, las normas tienen autoridad sobre nosotros porque nos las imponemos a nosotros mismos. Esto se basa en la idea de que la voluntad debe verse a sí misma como "la autora de sus principios independientemente de influencias ajenas" (G 4:448). Si consideramos un principio normativo, o una "ley" que constriñe la voluntad, entonces la voluntad debe darse a sí misma esta ley. Cualquier cosa menos que esto haría que la voluntad fuera heterónoma, o no libre.

Sin embargo, Katsafanas señala que hay una tensión aquí. Un principio normativo es algo que puede constreñir la voluntad. Sin embargo, si intentamos explicar la autoridad limitante de los principios en términos de las propias operaciones de la voluntad, entonces parece que la supuesta restricción desaparece: si me constriño a mí mismo por un principio, entonces también puedo liberarme, en cuyo caso nunca estuve realmente constreñido. Este es un punto que ocupó una posición central en las discusiones del siglo XIX sobre el valor.

Kant es consciente de este problema potencial y tiene una forma de intentar resolverlo. Afirma que, aunque la autoridad de las normas se explica por el hecho de que nos las imponemos a

nosotros mismos, el contenido de estas normas no depende de nosotros: la orden "¡sé autónomo!" impone determinadas restricciones sobre lo que puede ser querido. La idea central es que para imponernos normas en absoluto, hay ciertos estándares a los que nos comprometemos ineludiblemente.

En contraste, Nietzsche sostiene que la libertad no se utiliza para derivar normas, sino para evaluarlas. En lugar de derivar normas de la idea de libertad, Nietzsche sostiene que usamos la libertad para evaluar las normas. En otras palabras, la libertad se convierte en una herramienta para evaluar y juzgar las normas, en lugar de ser la fuente de las normas en sí mismas.

Para ilustrar esto con un ejemplo, consideremos una situación en la que una persona se enfrenta a una decisión moral difícil. Según Kant, esta persona debería recurrir a la idea de autonomía y aplicar el imperativo categórico para determinar la acción correcta. Por otro lado, Nietzsche argumentaría que esta persona debería usar su libertad para evaluar las diferentes normas o principios morales en juego y tomar una decisión basada en esa evaluación. En este sentido, la libertad se convierte en una herramienta para la evaluación y el juicio, en lugar de ser la fuente de las normas en sí mismas.

Conclusión

Hemos identificado dos convergencias clave. En primer lugar, tanto Kant como Nietzsche rechazan la heteronomía y defienden la autonomía moral, aunque la conceptualizan de maneras muy diferentes. Para Kant, la autonomía se entiende como la capacidad de seguir una ley universal, mientras que, para Nietzsche la autonomía se ve como la capacidad de evaluar y seleccionar entre diferentes normas o principios, y luego usar estos principios como desafíos para superar.

En segundo lugar, tanto Kant como Nietzsche ven la libertad como implicando una cierta trascendencia del ámbito meramente individual. Para Kant, esta trascendencia se realiza a través de la adhesión a una ley moral universal, que trasciende las preferencias y deseos individuales. Para Nietzsche, la trascendencia se realiza a través de la voluntad de poder, que implica la superación constante de resistencias o desafíos, y que está intrínsecamente ligada a la comunidad y a las normas sociales.

Aunque las filosofías de Kant y Nietzsche son en muchos aspectos radicalmente diferentes, estas convergencias sugieren que ambos filósofos comparten un compromiso común con la autonomía y la trascendencia de la individualidad como aspectos esenciales de la libertad. Este compromiso común, a pesar de las diferencias en la conceptualización y aplicación, subraya la importancia de estos conceptos en la filosofía moral y política, y proporciona un terreno común para el diálogo y el debate entre las diferentes tradiciones filosóficas.

Como se ha dicho el superhombre de Nietzsche no es simplemente una versión mejorada del ser humano actual, sino un nuevo tipo de ser, una meta a la que aspirar. Este superhombre no está sujeto a las convenciones morales tradicionales, sino que crea sus propios valores a partir de su voluntad de poder. La voluntad de poder es una fuerza fundamental que impulsa a los

seres humanos, y en el superhombre, esta voluntad se manifiesta como una fuerza afirmativa y creativa.

Nietzsche presenta la vida humana como una constante transición, una etapa intermedia, que está en un constante estado de superación hacia un nivel más elevado de existencia: el del superhombre. Este superhombre simboliza la autotranscendencia, la capacidad de superarse a sí mismo, de superar sus propias limitaciones y de ir más allá de lo que el ser humano es en el presente.

Para Kant, la autonomía moral implica la capacidad de actuar de acuerdo con la ley moral que uno mismo se impone, y esta ley debe ser universalizable, es decir, debe ser una ley que uno desearía que todos los demás siguieran. En contraste, el superhombre de Nietzsche crea sus propios valores y no está sujeto a ninguna ley moral universal. Su moralidad es afirmativa y creativa, basada en su voluntad de poder, y no necesariamente universalizable.

Kant sostiene que debemos actuar por deber, es decir, porque es lo correcto, independientemente de nuestras inclinaciones personales. Nietzsche, por otro lado, ve la moralidad en términos de la voluntad de poder, una afirmación de la vida y sus posibilidades. Para Nietzsche, la moralidad no es una cuestión de deber, sino de afirmación y creación.

Mientras que para Kant la trascendencia del individuo se da a través de la adhesión a una ley moral universal, para Nietzsche, la trascendencia se da a través de la superación de uno mismo, la creación de nuevos valores y la afirmación de la vida.

Tal como se analizó en el capítulo 1, la ontología kantiana se basa en una distinción entre tres conceptos clave: *Objekt*, *Gegenstand* y *Ding*. *Objekt*: Este término se refiere a la realidad tal como se presenta a nuestra percepción y entendimiento. Es la realidad tal como la

experimentamos, sujeta a las condiciones de nuestra cognición. Por ejemplo, cuando vemos un árbol, lo que percibimos es el *Objekt*.

Gegenstand se refiere a los objetos de nuestro pensamiento o conocimiento. Es el resultado de aplicar nuestras categorías mentales a la experiencia cruda del *Objekt*. Siguiendo con el ejemplo anterior, cuando categorizamos la experiencia sensorial cruda y la reconocemos como un "árbol", estamos interactuando con el *Gegenstand*.

Ding se refiere a las "cosas en sí mismas", la realidad nouménica que existe independientemente de nuestra percepción y entendimiento. Aunque no podemos conocer directamente las cosas en sí mismas, Kant postula que tienen una consistencia y una forma perfectas en sí mismas.

Estos tres conceptos forman la base de la ontología kantiana y proporcionan el fundamento para su noción de autonomía y libertad. Según Kant, la autonomía moral implica la capacidad de actuar de acuerdo con una ley que uno mismo se impone. Esta ley no es simplemente una respuesta a las condiciones de la realidad percibida (*Objekt*), ni es simplemente un producto de nuestras categorías mentales (*Gegenstand*). En cambio, la ley moral debe ser universalizable, lo que implica que tiene una validez que va más allá de nuestras experiencias y pensamientos individuales. En este sentido, la ley moral se acerca más a la realidad nouménica (*Ding*), aunque no podemos conocerla directamente.

La libertad, para Kant, es la capacidad de actuar de acuerdo con esta ley moral autónoma. No es simplemente la capacidad de hacer lo que queremos, sino la capacidad de actuar de acuerdo con una ley que trasciende nuestras inclinaciones y deseos individuales. En este sentido, la libertad y la autonomía están íntimamente conectadas en la filosofía moral de Kant.

Para Kant, la moralidad se basa en la "razón pura", que es independiente de las experiencias empíricas y las pasiones. Esta razón pura actúa como un *a priori* trascendental, es decir, un principio que es independiente de la experiencia y que es necesario para que nuestra experiencia tenga sentido. En la filosofía moral de Kant, la razón pura proporciona los principios universales que guían nuestra conducta moral, conocidos como imperativos categóricos. Por lo tanto, la moralidad, en la visión kantiana, es autónoma (se rige por principios que la propia razón establece) y universal (los principios son válidos para todos los seres racionales).

Nietzsche, por otro lado, rechaza este racionalismo moral. En lugar de basar la moralidad en principios universales derivados de la razón, Nietzsche sostiene que la moral es una construcción humana que refleja nuestras necesidades biológicas y sociales. En lugar de la razón pura, Nietzsche enfatiza la "voluntad de poder", una fuerza primordial que impulsa a todos los seres humanos. Según Nietzsche, la verdadera moralidad se encuentra en la afirmación de esta voluntad de poder. En este sentido, la "razón" no es algo puramente objetivo y autónomo, sino un medio para la autoafirmación y la expresión de nuestra voluntad de poder.

Por lo tanto, aunque Kant y Nietzsche tienen visiones muy diferentes de la moralidad, ambos reconocen la importancia de la razón en la vida moral. Sin embargo, difieren en cómo entienden y aplican la razón: mientras que para Kant la razón es una guía objetiva y universal para la acción moral, para Nietzsche la razón es un instrumento de la voluntad de poder y la autoafirmación.

Deleuze (1998) destaca la crítica de Nietzsche a Kant, particularmente en términos de cómo cada filósofo aborda el problema de los valores. Según Deleuze, Nietzsche ve a Kant como alguien que no fue lo suficientemente lejos en su crítica de la filosofía tradicional porque no replanteó los problemas filosóficos en términos de valores.

Para Nietzsche, la filosofía no debe limitarse a cuestiones de verdad y falsedad lógica, sino que también debe considerar el "sentido" y el "valor" de las ideas. En otras palabras, Nietzsche propone que las ideas filosóficas deben ser evaluadas en términos de su relevancia y utilidad para la vida humana.

Kant, por otro lado, se centra en la lógica y la razón pura y sitúa la moralidad en el dominio de la "cosa en sí", que está más allá de la experiencia humana directa. Nietzsche ve esto como una forma de ascetismo intelectual que evita cuestionar los valores tradicionales y los retira al reino de lo abstracto e inaccesible. Nietzsche, a diferencia de Kant, se preocupa por la vida en su manifestación más terrenal y concreta. Para Nietzsche, los valores deben ser evaluados en términos de cómo afectan y promueven la vida. Cualquier sistema de valores que niegue la vida, que coloque lo bueno y lo verdadero fuera de la vida, es una forma de nihilismo.

Por lo tanto, Nietzsche ve la crítica de Kant como insuficiente porque no va lo suficientemente lejos. No replantea y reevalúa los valores tradicionales en función de la vida. Este, sostiene Nietzsche, es el paso crítico que Kant no da, y es el paso que Nietzsche busca dar en su propia filosofía. Según Deleuze, Nietzsche se ve a sí mismo no solo como un crítico de Kant, sino como el crítico de la crítica kantiana, el que lleva la crítica a su conclusión lógica y necesaria.

Como se vio en el capítulo 2, Gori (2017) plantea dos problemas potenciales con el perspectivismo de Nietzsche, que podrían llevar a interpretaciones de su filosofía como relativista, nihilista o escéptica.

El primer problema es que el perspectivismo, al centrarse en la interpretación y las perspectivas, puede parecer que se limita a la esfera teórica o conceptual y no se ocupa suficientemente de la práctica o de la acción en el mundo. En otras palabras, si todo es una cuestión de interpretación, entonces lo que realmente hacemos en la vida práctica, en la vida cotidiana, podría parecer que no tiene una relevancia fundamental. Por ejemplo, si todo es interpretación,

uno podría pensar que no importa qué acción realicemos, ya que lo que realmente importa es cómo interpretamos esa acción, no la acción en sí misma. Esta visión podría reducir toda nuestra interacción con el mundo a un juego teórico de interpretaciones, dejando de lado la importancia de nuestras acciones reales y efectivas en el mundo.

El segundo problema es que, si tomamos el perspectivismo nietzscheano como una negación total de la objetividad y de los puntos de referencia estables en el mundo, podríamos caer en una forma de nihilismo o escepticismo epistemológico. En otras palabras, si no hay ninguna verdad objetiva o puntos de referencia estables, entonces todo podría parecer sin sentido o sin valor, lo que podría llevar a una actitud nihilista o escéptica hacia el conocimiento y la vida.

Estos problemas plantean desafíos significativos para la interpretación y aplicación del perspectivismo de Nietzsche. Sin embargo, también es importante recordar que Nietzsche mismo estaba muy consciente de estos desafíos y trató de abordarlos en su filosofía. Por ejemplo, aunque Nietzsche rechaza la idea de una verdad objetiva, también enfatiza la importancia de la afirmación de la vida y la creación de nuevos valores, lo que podría verse como una respuesta a la amenaza del nihilismo.

El perspectivismo de Nietzsche, a menudo malinterpretado como una postura negativa o nihilista, es en realidad liberador y afirmativo en varios aspectos: al liberarnos de la creencia en una única verdad objetiva, el perspectivismo nos permite reconocer y explorar la pluralidad de perspectivas e interpretaciones que están disponibles para nosotros. Esto abre un abanico de posibilidades y nos permite ver el mundo desde diferentes ángulos, lo cual es enriquecedor.

El perspectivismo de Nietzsche nos invita a ser más conscientes y reflexivos sobre las perspectivas que adoptamos. Nos anima a no aceptar pasivamente una interpretación "objetiva" de la realidad, sino a reflexionar sobre cómo nuestras propias perspectivas e interpretaciones

están influenciadas por diversos factores, como nuestra biología, cultura e historia personal. Esto nos hace más críticos y conscientes de nuestras propias creencias y suposiciones.

Nietzsche no niega que algunas interpretaciones puedan ser más valiosas o útiles que otras en determinados contextos. Nos anima a ser flexibles en nuestras interpretaciones, a estar abiertos a cambiar nuestras perspectivas cuando sea necesario, y a adaptarnos a diferentes situaciones y contextos. Al reconocer la multiplicidad de perspectivas, el perspectivismo de Nietzsche también reconoce la complejidad y diversidad de la realidad. Esto es visto como algo positivo y afirmativo, ya que respeta la pluralidad y la creatividad inherente a la existencia humana.

El perspectivismo de Nietzsche es un llamado a la reflexión crítica, la apertura a nuevas perspectivas, y un reconocimiento y afirmación de la complejidad y diversidad de la realidad. Contrario a las críticas que lo tildan de nihilista o escepticista, el perspectivismo es presentado aquí como una postura afirmativa y vitalista que valora la pluralidad y la creatividad en la experiencia humana.

La conclusión fundamental de este trabajo puede resumirse en que tanto la *autonomía moral* (entendida como un rechazo rotundo a la heteronomía) como *la libertad* (entendida como el ejercicio situado y consciente, racional por un lado e histórico por el otro, de nuestras capacidades) son los ejes fundamentales en que se articulan tanto la postura moral kantiana como la nietzscheana.

Para Kant, la autonomía es la capacidad de la voluntad de darse a sí misma la ley moral. En otras palabras, la voluntad es autónoma cuando actúa de acuerdo con principios que ella misma ha establecido, en lugar de ser dirigida por influencias externas o por impulsos internos irracionales. Esta autonomía de la voluntad es la base de la libertad moral en la filosofía de Kant. La libertad, en este sentido, no es simplemente la capacidad de hacer lo que uno quiere,

sino la capacidad de actuar de acuerdo con la ley moral que uno mismo se ha dado. Esto implica la capacidad de resistir las inclinaciones y deseos que podrían desviarnos de la ley moral.

Nietzsche, por otro lado, tiene una visión muy diferente de la autonomía y la libertad. Para Nietzsche, la autonomía no se trata de seguir una ley moral universal, sino de afirmar la propia individualidad y singularidad. En lugar de ser gobernados por principios abstractos, Nietzsche sostiene que debemos ser guiados por nuestra voluntad de poder, que es la afirmación de nuestra vida y nuestra individualidad. La libertad, para Nietzsche, no es la conformidad con una ley moral, sino la afirmación de la voluntad de poder. Esto implica la capacidad de crear nuestros propios valores y de vivir de acuerdo con ellos.

A pesar de estas diferencias, tanto Kant como Nietzsche ven la autonomía y la libertad como aspectos fundamentales de la moralidad. Ambos filósofos sostienen que para actuar moralmente debemos ser libres y autónomos. Sin embargo, mientras que para Kant esto significa actuar de acuerdo con la ley moral universal, para Nietzsche significa afirmar nuestra individualidad y crear nuestros propios valores, desde una perspectiva histórica y socialmente situada.

Bibliografía y Referencias:

Allison, H. E. (2012). *Essays on Kant*. Oxford University Press.

Allison, H. E. (2011). *Kant's Groundwork for the Metaphysics of Morals: A Commentary*. Oxford University Press.

Andreina, María. (2023). La voluntad en Kant y en Nietzsche: clave para comprender la acción moral. *Educare*, vol. 27, n° 1, pp. 450-466

Breuer, Irene, (2020). La actualidad de la distinción entre fenómeno y cosa en sí para la fenomenología - los diferentes significados de la cosa en sí en Kant y Husserl. *Revista de Estudios Kantianos*, N° 5.2, pp. 331-365

Castro, L. A. (2022). La "cosa en sí" como fundamento simbólico: un abordaje analógico del problema de la afección. *Tópicos. Revista De Filosofía De Santa Fe*, (44), e0015. <https://doi.org/10.14409/topicos.2022.44.e0015>

Deleuze, Giles. (1962). *Nietzsche y la filosofía*. PUF.

García, Fernando, (2021), La concurrencia de la libertad trascendental y la causalidad natural en la filosofía kantiana, *Cuestiones de Filosofía*, vol. 7, n° 28, pp. 195-217

Gori, Pietro, (2017), *Nietzsche y el perspectivismo*, Córdoba (Argentina): Brujas 2017

Guyer, Paul. (1987). *Kant and the claims of knowledge*. Cambridge University Press.

Guyer, Paul. (2006). *Kant*. Routledge.

Hume, David, (2001). *Tratado acerca de la naturaleza humana*. Diputación de Albacete.

Hogan, Jacob (2021). *Vivisection and Moral Introspection in Nietzsche*. Thesis, Georgia State University. doi: <https://doi.org/10.57709/22690138>

- Kant, I. (1998). *Crítica de la razón pura* (P. Guyer & A. W. Wood, Trans.). Cambridge University Press. (Trabajo original publicado en 1781)
- Kant, I. (1997). *Groundwork of the Metaphysics of Morals* (M. Gregor, Trans.). Cambridge University Press. (Trabajo original publicado en 1785)
- Korsgaard, C. M. (1996). *Creating the kingdom of ends*. Cambridge University Press.
- Korsgaard, C. M. (2011). *Kant's Moral Philosophy*. En E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Stanford University.
- Leiter, B. (2002). *Nietzsche on Morality*. Routledge.
- Longuenesse, B. (2017). *I, Me, Mine: Back to Kant, and Back Again*. Oxford University Press.
- Lupo, Luca, (2019). “Diante da Lei” a “moralidade do costume” entre Nietzsche e Kant. *Cad. Nietzsche, Guarulhos/Porto Seguro*, v.40, n.3, p. 35-53
- Malishev, Mijail, (2014) Kant: ética del imperativo categórico *La Colmena*, núm. 84, pp. 9-21
- Nietzsche, F. (1961). *Así habló Zaratustra* (W. Kaufmann, Trans.). Vintage. (Trabajo original publicado en 1883)
- Nietzsche, Friedrich, (1990), *La ciencia jovial* (trad. José Jara), Monte Ávila.
- Nietzsche, Friedrich, (2001), *Humano, demasiado humano*, Akal.
- Nietzsche, Friedrich. (2003). *Los filósofos presocráticos* (Trad. Ballesteros, Francese). Trotta.
- Nietzsche, Friedrich, (2008), *Fragmentos póstumos, vol. IV*, Tecnos.
- Gori, Pietro, (2017). *Nietzsche y el perspectivismo* (Trad. Florencia Müller y Valeria Schuster), Brujas.

Petrolati, Federico. (2006), Perspectivas nietzscheanas. Notas sobre la naturaleza de la cosa en sí en Kant y en Schopenhauer, *Daimon Revista de Filosofía*, n° 41, pp. 59-75

Ramírez, John, (2009), Nietzsche y su crítica teórica en el período de juventud a la filosofía schopenhaueriana. *Estudios Filosóficos*, n° 39, pp. 267-289

Sardo, Michael. (2022) On freedom and responsibility in an extramoral sense: Nietzsche and non-Sovereign responsibility. *Nietzsche Studien*, n° 51, pp. 88-115

Schopenhauer, A. (1965). On the basis of morality (E. F. J. Payne, Trans.). Bobbs-Merrill. (Trabajo original publicado en 1840)

Strawson, P. F. (1966). *The bounds of sense: an essay on Kant's Critique of pure reason*. Methuen.